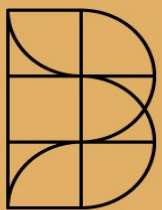


Fernando
Charry
Lara

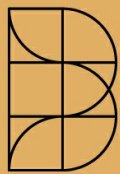
Poesía reunida



Biblioteca
Digital
de Bogotá

Fernando
Charry
Lara

Poesía reunida



Biblioteca
Digital
de Bogotá

Poesía reunida

Fernando Charry Lara

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Gustavo Petro Urrego
Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Clarisa Ruiz
Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento
Director Lectura y Bibliotecas

Olga Patricia Omaña Herrán
Mauricio Alberto García Segura
Dirección Lectura y Bibliotecas

BIBLORED

Mary Giraldo Rengifo
Directora General Biblored

IDARTES

Santiago Trujillo Escobar
Director General

Bertha Quintero Medina
Subdirectora de las Artes

Valentín Ortiz Díaz
Gerencia de Literatura

MINISTERIO DE CULTURA

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

María Claudia López Sorzano
Viceministra de Cultura

Enzo Rafael Ariza
Secretario General

Consuelo Gaitán Gaitán
Directora de la Biblioteca Nacional

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LAS BIBLIOTECAS, LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN, BIBLOAMIGOS

Francisco Duque
Director Ejecutivo

Regina Isabel Martínez
Asistente Administrativa

EQUIPO BIBLIOTECA DIGITAL DE BOGOTÁ

Sandra Angulo y Patricia Miranda
Coordinación general

Guido Tamayo

Editor

Óscar Torres Duque

Jefe de investigación

Milena Ramírez y Santiago Ortiz

Asistentes de investigación

Tangrama

Diseño gráfico y web

Fernanda Acosta

Contenidos web

Fundación Karisma

Asesoría derechos de autor

Equipo Conservación y Digitalización de la Biblioteca Nacional

Digitalización

eLibros Editorial, Iván Correa

Diseño y producción eBook

Agradecimientos especiales a todos los autores e intelectuales que aportaron ideas y obras a este proyecto por su confianza y generosidad.

© Fernando Charry Lara

© 2003, Pre-Textos

© 2003, Fondo de Cultura Económica

© 2014, SCR D-Idartes y Ministerio de Cultura

Edición digital: Bogotá, diciembre de 2014

ISBN: 978-958-8877-30-3

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-No Comercial- Compartir Igual, 2.5 Colombia. Se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/###>

Usted puede copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra, siempre que no haga un uso comercial ni la modifique. Para conocer el texto completo de la licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>

Todos los derechos reservados. Material de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico sin autorización expresa para ello.

Contenido

Cubierta

Portada

Créditos

Poesía reunida

FERNANDO CHARRY LARA

PALABRAS DE VICENTE ALEIXANDRE

NOCTURNOS Y OTROS SUEÑOS

1949

PAÍS EXTRAÑO

BLANCA TACITURNA

OLVIDO

EL VERSO LLEGA DE LA NOCHE

SOLEDADES

COMO LA OLA

LAS TARDES

NOCHE DESIERTA

INSOMNIOS

NOCTURNO LEJANÍA

TRISTEZA DEL OESTE

CUERPO SOLITARIO

SECRETA VIDA

TE HUBIERA AMADO

SIN DESEO

EN INVIERNO

TENDIDO EN EL LECHO

EL HERMANO

LOS ADIOSES

1963

A LA POESÍA

JARDÍN NOCTURNO

FANTASMA
CIUDAD
TESTIMONIO
LLANURA DE TULUÁ
VERSOS DEL ANOCHECER
EL EXILIO
MADRUGADA
VIAJERO
A JORGE GAITÁN DURAN

PENSAMIENTOS DEL AMANTE
1981

EL SUBURBIO
EL LAGO
EL SOLITARIO
SERENATA
LA VOZ AJENA
PALABRA SUYA
EL QUE AÚN ERES
LOBREGUECER
PENSAMIENTOS DEL AMANTE
RIVERA VUELVE A BOGOTÁ

FERNANDO CHARRY LARA

Darío Jaramillo Agudelo

¿Cuándo empieza el siglo XX en Colombia? La pregunta, que posee una secreta exactitud, por imprecisa, tiene múltiples respuestas. Sin ganar precisión puede, además, enunciarse de otras maneras. Una, con los intersticios y distingos de los profesores —¿cuándo comienza la modernidad?— y otra, entre muchas, invocando con la metáfora de Buckminster Fuller el motor de todo esto, la velocidad: ¿cuándo nos incorporamos a la aldea del mundo?

En lo que respecta a la poesía, el asunto se puede situar en el salto de la retórica del modernismo a la retórica de las vanguardias. Entonces el problema se complica aun más en un país en donde los varios componentes de la vanguardia vinieron desgranados poco a poco: lo último, lo más superfluo, ocurrió con los escándalos públicos y los manifiestos en nombre de la poesía. En Colombia estos esperaron hasta la irrupción del nadaísmo en 1958, pero desde sus primeros versos, publicados en 1913, León de Greiff (1895-1976) combinaba ritmos modernistas con giros de irreverente desdén vanguardista. En 1926, Luis Vidales (1900-1990) publica *Suenan timbres*, un libro refrescante en un país que padecía el imperio de la cuarta o quinta generación de un modernismo exhausto.

La generación siguiente avanzó, y de qué modo, por un lado con la poesía de Eduardo Carranza (1913-1985), un poeta opacado después de su muerte y que comienza a recuperar su sitio en la historia, y con el único libro de un poeta único y esencial, acaso, después de Silva, quien tiene más convocatoria entre los poetas colombianos. Me refiero a Aurelio Arturo (1906-1974), autor de *Morada al sur*.

Eduardo Carranza y Aurelio Arturo son los antecedentes inmediatos más legítimos para referirse a Fernando Charry Lara y a sus compañeros de

generación. Y no hay una generación que haya aportado una tan alta cantidad de poetas necesarios en nuestra historia de la poesía: al nombre de Charry se añaden Héctor Rojas Herazo (1921-2002), Alvaro Mutis (1923), Jorge Gaitán Durán (1925-1962), Eduardo Cote Lamus (1928-1964), Fernando Arbeláez (1924-1995) y Rogelio Echavarría (1926).

Si caben dudas sobre el momento del salto cualitativo en la poesía colombiana, en cambio existe consenso acerca de que fueron artistas de esta generación los protagonistas de la transformación de un arte que se debatía entre un academicismo anacrónico y refritos del muralismo mexicano, hacia una conciencia del arte más sintonizada con lo que sucedía en el mundo. Sin duda, los protagonistas fueron compañeros de generación de Charry Lara: Alejandro Obregón (1920-1992), Edgar Negret (1920-2012), Eduardo Ramírez Villamizar (1923-2004), Juan Antonio Roda (1921-2003) y el joven Fernando Botero (1932), vinculado de hermosa manera con las publicaciones de poesía de Charry Lara. También son coetáneos los fundadores de la moderna arquitectura colombiana, Fernando Martínez Sanabria (1925-1991) y Rogelio Salmona (1929-2007), el maestro por excelencia de los nuevos historiadores, Jaime Jaramillo Uribe (1976) y el filósofo Danilo Cruz Vélez (1920).

En esta generación hay por lo menos dos ensayistas de excepción, Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005) y Hernando Valencia Goelkel (1928-2004) y, para ser concluyente, bastaría agregar que la contribución generacional a la narrativa está encabezada por el nombre de Gabriel García Márquez (1928-2014).

1

Fernando Charry Lara nació en Bogotá el 14 de septiembre de 1920. El mismo poeta ha dejado un entrañable testimonio de sus primeros años. Se recuerda, de niño, hojeando un número de la revista *Universidad*^[1] dedicado a José Asunción Silva y una edición de las *Rimas* de Bécquer y cuenta la siguiente escena: "Debía de contar unos siete años cuando mi padre, acompañándome yo a su lado, conversó largamente una noche, en la vieja calle 12, con un señor cuyo nombre me reveló ya estando solos, elogiándolo,

al cabo de la tediosa espera que debí soportar. Apenas pude indiscreto echar un vistazo a su silueta algo voluminosa, de anchas espaldas, "borsalino" y bastón, que avanzaba lentamente por la misma acera en dirección contraria. Un año después le vi en cadáver, repatriado desde sus tristes días finales en Nueva York cuando se lo velaba en el Capitolio Nacional. Algo de esa experiencia y de la atención que me despertaron luego el personaje y su obra, la cual me sigue siendo misteriosa, traté de sugerir, pasadas las décadas, en un poema, "Rivera vuelve a Bogotá"^[2]. Este poema es el último de la presente poesía reunida y termina así:

"Un niño que no ha visto un muerto
Y lo ve en un salón entre voces y lámparas
Un niño que contempla turbado
Borrosas nubes
Eternamente solas por aquella frente
Es el extraño que ahora
Cuando han pasado tantos años
Trae efímeras al recuerdo estas cosas".

Si regreso a la pregunta inicial —¿cuándo comenzó el siglo XX en Colombia?—, en cuanto a la vida cotidiana, ciertamente la Bogotá que asistió a las exequias de José Eustasio Rivera en 1928 era una pequeña ciudad aislada del mundo. Generalizando, puede decirse que un lugar donde los poetas son celebridades todavía no es una ciudad moderna. Eduardo Caballero Calderón, diez años mayor que nuestro poeta, cuenta sus recuerdos de la época: "Desde las bancas del expreso del colegio —que rodaba con gran estruendo de fierros desajustados y ruedas cuadrículadas por el uso—veía en la esquina de la calle Real a ciertos personajes que hasta los niños conocían. Su nombre, su retrato, su caricatura, sus rasgos de ingenio, sus versos si eran poetas, sus discursos si eran políticos, sus artículos si eran escritores aparecían en los periódicos. Uno era el viejo (Antonio José) Restrepo, otro el poeta (Guillermo) Valencia, otro el poeta (Eduardo) Castillo como un pájaro de mal agüero, con nariz enorme, sus ojos vagos de morfinómano, su rostro

cadavérico, su chambergo caído sobre una oreja y una capa negra que le colgaba de los hombros, como de una percha".^[3] El mismo Charry Lara recuerda así a Castillo: "La imagen que de él nos ha quedado nos muestra a un cuerpo casi inmaterial, de mirada inexpresiva, que cruzaba huidizo al lado sin hacerse notar, envuelto en los últimos años en su ensimismamiento y en la capa romántica".^[4]

Mientras terminaba sus estudios secundarios en el Colegio de Ramírez, Charry adquirió el hábito de asistir a las salas de la Biblioteca Nacional:

"como se hablaba a diario de los poetas españoles de la Generación de 1927 busqué, en la misma biblioteca, algunas de sus obras en la colección que le había donado el gobierno republicano. Por primera vez me encontré frente a sus poemas y sería necio señalar el goce que, junto al desconcierto admirativo, tuve con su lectura. Pero lo más particular del conocimiento de la tan mencionada antología de Gerardo Diego, que agrupó a esos poetas junto a anteriores como Unamuno, Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez, fue la persuasión con que me acerqué a las composiciones de quienes, entre los más jóvenes, eran aquéllos cuyos nombres aquí menos se citaban. Me fascinó desde el primer momento su tono de libertad y de rebeldía. Su anticonvencionalismo, rareza y desgarramiento en la expresión. No necesitaría añadir que estaban en primer término Luis Cernuda y Vicente Aleixandre".^[5]

De esa misma época debe provenir este recuerdo:

"Mi primer encuentro con Eduardo Carranza debe de haber ocurrido hace años, pero de él mantengo imagen tan fresca que parece cosa de ayer: la tarde y la esquina bogotana donde un joven poeta, a quien ya rodeaba una vasta admiración fervorosa, conversaba, alto, alegre, vertiginoso, adorador de todas las cristalinas presencias de este mundo, detenido por un adolescente casi silencioso que después no dejaría de sentir para siempre el calor de su amistad y la fascinación de su verso. Evoco ese primer diálogo de borrosas siluetas en aquella esquina, sin que acierte a decir si son los mismos los que luego se han encontrado muchas veces. Quisiera que de algún modo pudiésemos ser los mismos. [...] Si permanece vivo este recuerdo y si acertara a fijarlo con palabras es para afirmar la perseverancia, a través o a pesar del tiempo, de mi afecto por Eduardo Carranza y la seguridad con que en mí se ha mantenido la devoción por las sorprendentes virtudes de su poesía".^[6]

Cuenta Charry Lara que en el último año de secundaria —1938—:

"tuve la fortuna de contar entre mis profesores a una persona por quien ha sido indeclinable mi admiración desde entonces, el maestro Rafael Carrillo. Con viva generosidad me puso él en contacto con amigos suyos. Así vino en parte mi conocimiento personal de muchos de los poetas y escritores que han hecho en Colombia la historia literaria de los últimos decenios. Entre ellos debo recordar en primer término a Aurelio Arturo, sonrosado, tímido y silencioso, quien se desempeñaba como juez permanente de policía. Ya había leído varios de sus poemas en aquellas ediciones dominicales a que me aficioné en la Biblioteca. Admiraba el encanto de su mundo vegetal y soñoliento que hallaría después mejor concreción en las hechizadas palabras de *Morada al sur*. El me hizo leer en francés *Las flores del mal* y me mencionó a poetas de lengua inglesa como T. S. Eliot, Edgar Lee Masters y Carl Sandburg a quienes encontré en la breve antología parisiense de Eugene Jolas. Tuve la sospecha de que la lectura de estos le había sido sugerida por un poeta mexicano, delgadísimo y cetrino el rostro casi ausente, que vivía entre nosotros y era su amigo: Gilberto Owen. A quien después yo buscaría de tarde en tarde en el más apartado rincón de un café donde, huyendo de su oficio de traductor de cables y entre sorbos de aguardiente que se hacía servir en inocentes pocillos de "tinto", ojeaba libros, revistas y periódicos extranjeros".^[7]

En 1939, Fernando Charry Lara ingresó en la facultad de Derecho de la Universidad Nacional, donde se graduó en 1943. ¿Había llegado ya el siglo XX a la sabana bogotana? Según el censo de 1938, la ciudad tenía 330.312 habitantes. Los periódicos hablaban de la guerra y el mundo quedaba demasiado lejos. A estas alturas, el jovencísimo Charry tenía lucidez acerca de las fronteras entre la retórica trasnochada que imperaba y los territorios de exploración que le interesaban. Al explicar su gusto por Cernuda y Aleixandre dice:

"representaban lo contrario de la oratoria y de la declamación que ya empezaba a detestar en mucha poesía colombiana, hispanoamericana, española. En contraste con ellos dos, nuestras letras ya habían venido soportando, por ejemplo, la desatada imitación de los romances lorquianos. Y el puntual formalismo de algunos me despertaba la repulsión que había experimentado ante los ejercicios escolares para escribir versos. De modo que fueron los más secretos de esos poetas, los que acá seguramente se entendían en ese momento como los menos representativos, marginales o de 'tono menor', quienes suscitaron mi simpatía".^[8]

Al leer la poesía colombiana, Charry Lara aplica esta misma categoría, cuya raíz encuentra en José Asunción Silva:

"no obstante que en alguna medida haya llegado a asimilarse el entendimiento que tuvo Silva de la poesía y de la creación poética, el verso colombiano no ha sabido, sino en casos aislados, aprovechar sus enseñanzas de hondura y de rigor en la expresión. Las circunstancias de que muchos personajes de nuestra vida política hayan compartido su actividad con lo literario y de que, además, a un periodismo elocuente se le llegase a creer modelo de escritura, gestaron en el país, durante largo tiempo, el engaño de que la grandilocuencia y el énfasis tienen que ver con la poesía. De donde provino la predilección por lo ampuloso y lo sonoro, que apenas de unos lustros para acá trata de eclipsarse. No lo dijo cualquiera, sino uno de nuestros poetas mejor celebrados, que el poema, como si perteneciese a la esfera zoológica, debe ser de 'ancha cabeza y resonante cola'. Si lo pensaba él, a quien es justo reconocerle, de paso, su indudable don poético y un logrado talento artístico, ¿qué podría esperarse de otros, menos informados y naturalmente propensos, sin el mínimo pudor, a una irremediable verbosidad? El país (y propiamente no constituye excepción en nuestra lengua, ni en Hispanoamérica ni en España) ha estado por años, sigue estándolo, más atento al alarido que a la voz y prefiere el espectáculo a la comunicación. Agréguese a ello el prestigio de que ha gozado el lamento sentimental y, por momentos, el verso a base de 'ideas', de 'intenciones' o de 'mensajes' como si en poesía fuese posible el pensamiento sin emoción, y se tendrá completo el paradigma de lo que no es, de lo que no puede ser un poema. Así, por ejemplo, se ha llegado a pensar que un poeta como Eduardo Castillo, de tan intensa palabra, es apenas 'de tono menor'. Y otro tanto ha querido insinuarse de Aurelio Arturo, de Eduardo Carranza, de Giovanni Quessep, distintos entre sí pero de común fervor por el lenguaje estricto. He mencionado estos nombres, los de Arturo, Carranza y Quessep, al lado de Castillo, porque de alguna manera junto a otros prolongan, hasta los años que corren, la tradición de lirismo, intimismo y expresividad que sin duda establecieron, siendo 'la luz vaga, opaco el día', los mejores poemas de José Asunción Silva. Ellos nos hicieron comprender que la poesía, más allá del desahogo romántico o de la exhibición humanística, emparentaba la lucha por cada palabra con el descubrimiento de un mundo mágico".

[9]

Sobra decir que la poesía de Charry se inscribe en esta tradición del tono menor.

¿De dónde se alimentaban las intuiciones y la sensibilidad de aquel joven poeta en la Bogotá de los años cuarenta? Ya tenía muy claras las

fuentes locales, una tradición que se inauguraba en Silva, la presencia de la poesía y de los consejos de Aurelio Arturo, los poemas de Cernuda y Aleixandre. El mismo Charry completa el cuadro en su texto autobiográfico datado en 1985:

"De México nos llegaban principalmente *Romance, El hijo pródigo, Taller*, los españoles del exilio, Villaurrutia y Octavio Paz. Inspiradores igualmente de un libro ya clásico en la historia de la poesía moderna en lengua española, la antología *Laurel*, de 1941, cuya lección sería acaso la más fecunda de aquellos años de iniciación. De Buenos Aires, *Sur* y los excelentes suplementos dominicales donde admiramos por primera vez a Jorge Luis Borges y a poetas y ensayistas que nos despertaron nuevas suscitaciones. En una y otra de todas esas páginas se incitaba a la poesía y a la teoría poética. En forma más apasionada y estimulante de la que hasta entonces nos había sido accesible".^[10]

Y estaba también la vida de los cafés.

Existe una crónica de Fernando Arbeláez sobre el café Asturias, por donde desfilaban los poetas de las generaciones anteriores —los "adalides del movimiento de *Piedra y Cielo*", con Eduardo Carranza a la cabeza— y adonde llegaban los jóvenes poetas. Por este testimonio podemos saber cómo veía a Charry uno de sus jóvenes contemporáneos: "Allí conocí también a Fernando Charry Lara, reservado, discreto, burlón a veces, siempre cuidadoso de la palabra y de sus juicios".^[11]

El mismo Charry Lara se ocupa de precisar que su período de formación culmina en una fecha muy significativa en la historia de Colombia, el 9 de abril de 1948. Ese día, mientras se desarrollaba la Conferencia Panamericana, fue asesinado el dirigente político Jorge Eliécer Gaitán y se desató una asonada generalizada que es conocida como el "bogotazo":

"aquel período inicial a que me he referido terminó, como muchas cosas en nuestro país, buenas o malas, ese 9 de abril de 1948, culminación de una primera etapa de violencia política con la cual larga y penosamente hemos convivido los colombianos. [...] Desempeñando yo un cargo en la Universidad Nacional, que patrocinó su venida, había tenido durante varias semanas la suerte de estar al lado de Pedro Salinas. Imposible decir cuánto su presencia encendió en mí el respeto, la alegría, la admiración y el afecto. Y ese 1947 en que permaneció con nosotros Luis Cardoza y Aragón vendría a ser el último año generoso con aquella vida nuestra, tan

ilusionada como estudiosa, de poetas jóvenes. En respuesta a un escrito mío sobre Vicente Aleixandre, tuvo él la nobleza de enviarme de Madrid *La destrucción o el amor y Sombra del paraíso*. Iba también entonces a cruzar las primeras cartas con Luis Cernuda, exilado en Mount Holyoke. Al promediar el año trágico siguiente, ya acumulada sobre Colombia tanta devastación, fue íntima fortuna recibir de Puerto Rico un nuevo poema de Salinas, 'Cero', y de Cernuda un título que hubiera sido también en ese momento para un libro de cualquiera de nosotros: *Como quien espera el alba*. Las dedicatorias de estos últimos volúmenes vinieron fechadas, irremediabilmente, en el mismo desolado abril del 48".^[12]

El 21 de enero de 1949, se terminó de imprimir en los talleres de ABC, en Bogotá, *Nocturnos y otros sueños*, el primer libro de Fernando Charry Lara. *Nocturnos y otros sueños*: ningún título más armónico con los poemas que éste. Y en un doble sentido. El primero, porque —de entrada— asume la noche como un sueño. El segundo, porque el sueño es el protagonista del libro.

El sueño puede ser, como la primera vez que se nombra, el equivalente de la esperanza ("tanto fulgor despierta en la memoria el sueño / de un misterioso día que embriagó el corazón"), la metáfora de una visión ("la alegría remota del verano encendido, / una ráfaga viva y un nocturno esplendor"), el acto de dormir o el acto de soñar. Y el olvido no es más que esta dolorosa exclamación: "Oh corazón, cielo deshabitado de los sueños". También la vigilia es parte de sueño, no sé cómo decirlo, porque también el sueño es parte de la vigilia, ambas afirmaciones son complementarias y aluden a un hecho importante en la poesía colombiana: con la ciertamente nueva sensibilidad con que Charry aborda la poesía, *Nocturnos y otros sueños* es otro paso, otro pedazo de respuesta a la pregunta que formulaba al principio —¿cuándo nos incorporamos a la aldea del mundo?—. Por primera vez en la poesía colombiana, de manera consistente, deliberada, sentida, se expresaba esta voluntad: "Queríamos conciliar la vigilia y el sueño, la consciencia y el delirio. La exactitud debería valer tanto como el misterio".
[13]

El tema, los sueños, lleva a la manera como Charry aborda el surrealismo:

"la poesía (...) se me figura operación mágica. De ahí la atracción que no han dejado de ejercer las teorías surrealistas, con su idolatría de lo maravilloso, aunque los textos que las siguen, en francés o en español, no me hayan deparado, sino en raras ocasiones, esa misma devoción. No dejaría de ser freno a ese entusiasmo una objeción como la de León-Paul Fargue: 'la poesía es el único sueño en el que no se debe soñar'".^[14]

Tanto por su relación con el surrealismo como por la expresa incorporación a la poesía del indistinguible mundo de sueño y vigilia, puede decirse que *Nocturnos y otros sueños* juega en la historia de la poesía colombiana el mismo papel de ruptura que desempeñó *Elena y los elementos* (1951) de Juan Sánchez Peláez en la poesía venezolana.

"La poesía es el único sueño en el que no se debe soñar": desde este primer libro que publica con 28 años recién cumplidos, en Fernando Charry Lara es permanente la conciencia, casi alucinada, de la palabra como sustancia del poema, como finalidad y único instrumento del poema.

En *Nocturnos y otros sueños* la noche se despliega en múltiples significados y connotaciones. La noche es el deseo: en un poema titulado "Sin deseo", esa inercia en que "la vida será venir la muerte lentamente" se presenta cuando "todo lo llena un sol excesivo, un fulgor desmedido". En cambio, en lo opuesto está "la noche, dócil mujer". Y en otro poema sentencia que "la noche guarda los deseos como sombras". La imagen se ahonda en una estrofa de "Noche desierta":

"Esta es la noche, dócil mujer de quien quisiéramos rescatar
Un amor antiguo, una caricia, un deseo misterioso y ardiente.
Como mujer debiera tenderse eternamente al lado
Y serían de su cuerpo los perfumes nocturnos, los aromas lunares".

Nocturno es, también, su recuerdo del mar, un escenario alucinado para un joven poeta criado entre montañas. Entonces se le revela "la dura identidad que el corazón descubre entre su soledad y el mar":

"Apenas lo recuerdo así, nocturno, aunque el sol

de las mañanas y las tardes repite en el alma su esplendor.
De sombras en la noche es su presencia [...]"

La visión bajo la luna, con "un resplandor como de olvido" se convierte en otra cosa con la memoria alucinada:

"Recuerdo así el claro océano, sus desiertas, solitarias extensiones
azules.

Más claras cuando la luna, sumergida en las aguas con luz yerta,
Hace brillar el mar con un pálido resplandor de mármol frío,
Esa columna o lápida olvidada que fulge, silenciosa, en una noche
ardiente de [verano".

En una entrevista de 1990, Charry precisa:

"La fascinación por lo nocturno acaso se deba a que la noche nos entrega la mayor posibilidad de intimidad con nosotros mismos. Y en mis poemas, para bien o para mal (según se crea o no en la supuesta despersonalización de la poesía), esa intimidad de la escritura con su autor ha sido preocupación constante".^[15]

Con frecuencia se intenta localizar el inicio de la poesía de corte urbano en Colombia. Puedo dar varias respuestas, todas acertadas: con el agudísimo poema *Villa de la Candelaria* (1914) donde León de Greiff se refiere a Medellín —"gente local, chata y roma"—, con la *Cartagena* de Luis Carlos López, con *Suenan timbres*—imposible un título más ciudadano— de Luis Vidales. También con *El transeúnte* de Rogelio Echavarría, para llegar a la generación de Charry Lara y a su propia contribución, en contravía con todos los mencionados. No hay lugares concretos en la ciudad alucinada y también nocturna de Charry. La ciudad de Charry es una construcción, un escenario del poema, un escenario que todos identificamos por arquetípico, por fantasmal, por hacer parte de esa zona limítrofe entre el sueño y la vigilia. La ciudad de Charry está obsesivamente vacía, en ella llueve sin parar:

"Lleno de obstinación sombría quise

Recorrer una ciudad sin hombres hecha para la lluvia.
Las plazas vacías, sin la respiración
Del amor y del dolor.
El verdor creciendo entre las piedras de las calles,
La sollozante palpitación bajo los pasos.
Nada más en el imperio desolador de la blancura.
Sobre los blancos muros abandonados, ni el débil
Peso del aire, ni los reflejos sobre las ventanas.
Sólo un viento cruel de extremo a extremo como un grito".

Nocturnos los paisajes del mar y la ciudad, nocturna la evocación de la infancia, en un duermevela donde también la poesía es nocturna, como lo dice el título de uno de los poemas, *El verso llega en la noche*. Finalmente, de algún modo refundidas, noche y sueño van juntas:

"¿Dónde oír, dónde oírte, delirante gavilla de sueños,
Sino en esta silenciosa, honda penumbra de la noche?"

El último poema de *Nocturnos y otros sueños* es una hermosa elegía que prefigura el tono de su segundo libro, *Los adioses*. Dice así en 'El hermano':

"Sálvame en cada minuto de la vida
Con la presencia de tu sombra esbelta,
Solitario en la tarde, hermano muerto".

La historia editorial de *Nocturnos y otros sueños* tiene una inesperada curva que relata Pedro Alejo Gómez:

"en 1951, por razones de una carta que venía desde Medellín, recibió a un pintor joven a quien, luego de una larga conversación, le regaló un ejemplar de su primer libro de poemas *Nocturnos y otros sueños*. Días más tarde, para su sorpresa, el pintor le devolvió el mismo libro que él le había regalado. Sólo que venía ilustrado con bellas mujeres desnudas, pintadas en líneas azules, del color del cielo de diciembre, y con una dedicatoria que dice: "Estas espontáneas líneas creadas en la

intimidad de su poesía". Y firmaba: Fernando Botero. Charry conservó durante largos años, afectuosamente, el ejemplar en su escritorio, hasta el día en que los editores de *El Áncora* —hay, tengo que reconocerlo, algunos editores sensatos— tuvieron el tino de hacer una edición acorde con los poemas. Esa edición es, sin duda, una de las más bellas que se hayan hecho en el país".^[16]

3

El decenio de los cincuenta marca el inicio de dos proyectos generacionales en los cuales es notoria la presencia de Charry Lara. En 1950 se funda la emisora cultural HJCK, que después de medio siglo continúa sonando. Desde su iniciación, Charry ha sido colaborador de la emisora. En 1955 aparece el primer número de *Mito*, sin duda la revista más importante que se publicó en Colombia durante el siglo XX, en la que participó Charry muy activamente.

Ya desde los cuarenta, Charry había sido director de la Radio Nacional y de extensión cultural de la Universidad Nacional. Más tarde será colaborador constante de Eco, cofundador de *Golpe de Dados*, profesor del Instituto Caro y Cuervo, del que llegará a ser miembro honorario, y numerario de la Academia Colombiana de la Lengua.

Charry Lara cita la frase de John Keats según la cual "el poeta es el ser más antipoético que existe": en algún momento Charry comienza a trabajar como abogado en una compañía privada productora de alimentos, donde laborará hasta pensionarse, largos años después. Pero no cesa, ni en la cátedra —ha sido profesor también en las Universidades Javeriana, Nacional y Los Andes— ni con la pluma, en sus reflexiones sobre poesía. En 1975, Colcultura reunirá en *Lector de poesía* algunos de estos ensayos. Más tarde, en 1985, Procultura añadirá a éste el volumen *Poesía y poetas colombianos*. Aun así, está por realizarse la compilación exhaustiva de los ensayos, prólogos y notas que Charry Lara ha escrito sobre la poesía en nuestra lengua.

4

En 1963 era ministro de Educación el escritor Pedro Gómez Valderrama, uno de los fundadores de *Mito*, y era director de extensión

cultural del mismo ministerio el poeta Fernando Arbeláez. Entonces vino Jorge Luis Borges por primera vez a Colombia, invitado por el Gobierno y se editaron en la Imprenta Nacional algunos pocos —e importantes— volúmenes de poesía, como la edición definitiva de *Morada al sur* de Aurelio Arturo —en realidad su primera edición como libro—, *El transeúnte* de Rogelio Echavarría, el *Panorama de la poesía colombiana* del propio Arbeláez y su volumen de poemas *Canto llano*. Entre estas selectas ediciones del ministerio de Educación se incluyó el segundo libro de Fernando Charry Lara, *Los adioses*.

Al contrario que varios de sus compañeros de generación —Cote Lamus y Gaitán Durán son los ejemplos— que fueron evolucionando de menos a más, desde 1949, cuando publicó su primer libro, Charry Lara tenía una muy definida voz. *Nocturnos y otros sueños* no es la típica ópera prima, donde contrastan torpezas y adivinaciones. No. Es una poesía firme, definida, con un universo poético y una conciencia del oficio de poeta delimitada, además de la agudeza de la intuición del joven, por el contraste que le ofrece la retórica imperante. No en vano había sido testigo, muy joven, en 1941, del rechazo público que padecía la generación anterior a la suya, que no se debía a su timidez con los tiempos sino que se hacía en nombre de la preceptiva parnasiana. Y él, ya lo hemos visto, estaba en las antípodas, en un tono menor, en un antisentimentalismo, alerta a un yo poético alienado de la circunstancia individual, ajeno a la prédica política, a cualquier utilitarismo del verso. Discreto casi hasta la invisibilidad, a ejemplo de Aurelio Arturo, Charry ocupa un lugar que estaba vacío antes de su primer libro. Al igual que el título permite una lectura orgánica de *Nocturnos y otros sueños*, también ocurre lo mismo con *Los adioses*, del que he intentado una lectura en clave elegiaca, que lo conecta directamente con "El hermano", el último poema de su primer libro.

Los adioses comienza con un hermoso canto "A la poesía":

"Remoto fuego de esplendor helado,
Llama donde palidece la agonía,
Entre glaciales nubes enemigas

Te imaginaba y era
Como se sueña la muerte mientras se vive".

La poesía se convierte, en este y en otros poemas del libro, en una amante secreta, evasiva, ansiada:

"Tú sola, lunar y solar astro fugitivo,
Contemplas perder al hombre su batalla.
Mas tú sola, secreta amante,
Puedes compensarle su derrota con tu delirio".

Ante todo, evasiva: de pronto, el poeta la intuye, la adivina fugaz —"en un momento, ligera, alada te vi en embeleso cruzar"— pero también la sabe fin en sí misma, fidelidad más íntima, más desgarrada y más consoladora:

"Terror que lentamente
Se entreabre, gesto, belleza cruel
Que pasa apenas, fugitiva, sólo al lado un instante,
Por entre los adioses,
Oh tanta luz en nubes de otro invisible mundo".

A la luz de estos versos, Rafael Gutiérrez Girardot escribe:

"Charry Lara no pretende desvelar la apropiación de la realidad, su descubrimiento afirmativo, por la consciencia del poeta. Su intento es el de desvelar un estado anterior que posibilita esa aproximación a la realidad, esa constitución de la consciencia que va paralela con el descubrimiento de la realidad por la poesía. Su intento es el de desvelar la esquiva poesía, el de aproximarse a su incógnita con los medios que ella ha engendrado, con la poesía misma, o, más exactamente, con poemas. La obra poética de Fernando Charry Lara es un asedio poético a la poesía, un esfuerzo constante y radical de arrancar a la poesía el velo con que se encubre. Es poesía en, sobre y contra la poesía, es decir, desesperado amor a ella".^[17]

Al igual que en *Nocturnos y otros sueños*, en *Los adioses* hay una ciudad innominada, también nocturna, irreal en sus silencios y en su

desolación. Cierro los ojos con los versos de "Ciudad" y veo un paisaje de Hooper cuando no una quieta y soñolienta ciudad de De Chirico:

"La noche, la plaza, la desolación
De la columna esbelta contra el tiempo.
Entonces un ruido agudo y subterráneo
Desgarra el silencio
De rieles por donde coches pesados de sueño
Viajan hacia las estaciones del Infierno".

A medida que avanza la lectura de *Los adioses*, la muerte y otras pequeñas muertes —el exilio, el viaje— aparecen en el texto. Aun para un poeta tan alejado de las tentaciones del realismo, es inevitable la referencia a una realidad que se le impone con todas sus atrocidades: en "Testimonio" el poeta relata una masacre y en "Llanura de Tulúa" se impone el terror de la visión de dos amantes sorprendidos por la violencia de la muerte:

"Al borde del camino, los dos cuerpos
Uno junto al otro,
Desde lejos parecen amarse.
Un hombre y una muchacha, delgadas
Formas cálidas
Tendidas en la hierba, devorándose".

Hay otras formas de la muerte, como el exilio —"mejor será morir secretamente a solas"— o como el viaje, metáfora de otro viaje "al subterráneo final de los trenes sin nadie". Al igual que en su primer libro, que termina con la elegía al hermano, *Los adioses* finaliza con un poema a Jorge Gaitán Durán:

"En el vértigo el asombro instantáneo del vacío
Palpando en el espacio tanta inmovilidad
Ahora te sé de aire y noche y nada".

Procultura publicó el tercer libro de Fernando Charry Lara en 1981. Diez poemas conforman este breve volumen, *Pensamientos del amante*, que mantiene una tal continuidad con sus dos libros anteriores —a pesar de los años que median entre ellos— que puede pensarse que se trata de un solo libro publicado a cuentagotas, a la manera de su admirado Luis Cernuda con *La realidad y el deseo*.

De nuevo la noche, el sueño, la ciudad, también la muerte, los temas se prolongan sin agotarse, sin repetirse, acaso más lóbregos —"Lobreguecer" es el título de uno de los poemas—, y en "Pensamientos del amante", la lluvia acompaña el clima mental de los poemas:

"Llovía luego una agua verde entre el paisaje
Un agua azul y plata por el lago
Un agua ronca con sollozo a mares
Despedazándose rota en ventanales".

Además de la ciudad fantasmal de varios de sus poemas, una Bogotá concreta, una Bogotá al atardecer, sirve de escenario a uno de los poemas más logrados de Charry Lara, precisamente el titulado "Pensamientos del amante". Pero la ciudad que es su cuna y su lugar a lo largo de la vida, ni es tan propia —"cuerpo que no camina sino por constelaciones de incandescente destierro"— ni tiene importancia para lo que sucede en la intimidad:

"Enrojece, delira Bogotá como incendio
Que invade en luces gentes bullicios
Luego el aire nocturno abriendo lunas
Y escondido en lo oculto un afán
Oh tú que ignorada rodeas y estrechas y amas.

(Sólo dentro de tu corazón pasan las cosas

Solamente oyes una ronca bocina por tu sangre
El tiempo acumulándose en cenizas
Vuelves a mirar reflejos en el atardecer
En la noche te adormecen otra vez mudos labios)".

Gutiérrez Girardot se ha ocupado de señalar que:

"el lenguaje se trasmuta en la poesía de Charry Lara. Como todo en su poesía, esta trasmutación es serena, es decir, no consiste en la 'recreación' de vocablos, en la creación de nuevas palabras, en el despliegue de metáforas atrevidas o en una reactualización del barroco. Esta trasmutación consiste en que en el contexto de su asedio a la poesía, de la 'circularidad' de lo buscado y de la busca, las palabras amplían su dimensión significativa, manteniendo la original y la sencillez de las escogidas. 'Noche', 'sueño', 'tristeza', 'silencio', 'labios', 'aguas', por sólo citar algunos ejemplos, designan esos fenómenos y esas cosas, pero a la vez la actividad del poeta en su busca y en su hallazgo".^[18]

En el momento en que el adolescente Fernando Charry Lara descubrió la poesía, la más anacrónica retórica imperante obedecía a los cánones de elegancia y de elocuencia parnasiana y los más cándidos opositores a aquel engolamiento estaban a su vez fascinados con el ingenio, el brillo y la metáfora. Entre tanta confusión y tanto ruido, Charry optó por el tono menor, la más secreta tradición de la poesía colombiana, la que venía de Silva y él bebió de Aurelio Arturo.

"La evasión de la metáfora, en lo posible, acaso pueda deberse al temor de caer en el vicio de lo ingenioso, tan generalizado en mucha poesía de habla española. Hoy la casi totalidad de la obra de las vanguardias de los años veinte, con su manifiesto y confesado abuso de las metáforas, nos parece, y con toda razón, verdaderamente insignificante. Lo ingenioso, por ser enemigo de la poesía, aminora el valor de cualquier poema".^[19]

Por esto mismo, Charry subraya: "Mi preferencia es por la lírica, la única que muchos consideran digna de llamarse poesía, y que jamás pueda ser vociferante, ni elocuente ni estar dirigida a auditorio de plaza pública".^[20] Ya en su texto autobiográfico, Charry Lara había intentado una muy

reveladora definición de la poesía: "En cuanto a su forma, acaso llegue a considerársela como un orden inalterable de palabras igualmente no sustituibles".^[21]

Bogotá, marzo 24, 2002

Notas

- [1] El número 106 de 8 de noviembre de 1928 de la revista Universidad, fue dedicado a José Asunción Silva.
- [2] Fernando Charry Lara, "Sobre mis primeros poemas", incluido en *Llama de amor viva*, Bogotá, Procultura, 1986, páginas 113-114.
- [3] Eduardo Caballero Calderón, *Memorias infantiles*, Panamericana, Bogotá, 1994, página 207.
- [4] Fernando Charry Lara, *Poesía y poetas colombianos*, Procultura, Bogotá página 41.
- [5] Fernando Charry Lara, "Sobre mis primeros poemas", en op. cit, página 115.
- [6] Fernando Charry Lara, op. cit, página 112.
- [7] Fernando Charry Lara, "Sobre mis primeros poemas", en op. cit, página 116.
- [8] *Ibid*, página 115.
- [9] Fernando Charry Lara, op. cit, página 20-21.
- [10] Fernando Charry Lara, "Sobre mis primeros poemas", en op. cit, página 120.
- [11] Fernando Arbeláez "La escuela de la noche", en *Quimera*, Bogotá # 1, página 22.
- [12] Fernando Charry Lara, "Sobre mis primeros poemas", en op. cit, página 121.
- [13] *Ibid*, página 120.
- [14] *Ibid*, página 118.
- [15] Mónica Sarmiento Duque, "Charry Lara: la vocación nocturna de la poesía", en *Quimera*, Bogotá #3 marzo-abril 1990, página 32.
- [16] Pedro Alejo Gómez Vila "El mapa poético de Charry Lara", *Casa Silva*, Bogotá #14, 2001 página 23
- [17] Rafael Gutiérrez Girardot, en el prólogo de Fernando Charry Lara, *Llama de amor viva* ", Procultura, Bogotá, 1986, página 7.
- [18] *Ibid*, página 18.
- [19] Monita Sarmiento Duque, op.cit., página 34.
- [20] *Ibid*, página 36
- [21] Fernando Charry Lara, "Sobre mis primeros poemas", op.cit., página 118

PALABRAS DE VICENTE ALEIXANDRE

No he visto nunca a Fernando Charry Lara. Vivo a millares de kilómetros de donde él reside. Hay que atravesar ríos y mares y continentes para alcanzar la bella tierra hospitalaria donde se desarrolla su actividad de poeta y de hombre. Algunas tardes, sin embargo, cuando la noche amenaza con su presencia o su amor, yo he paseado con él, con sus primeros versos, bajo la solemne bóveda del cielo común (¿qué cielo no será común?), sabiendo que si aquí la noche apuntaba, allí despuntaba el día, o a la inversa, porque la noche y el día no son sino afectuosos extremos de un mismo cielo que igualmente nos cubre con su perfecta unidad sin vacilación.

Escribo estas líneas para que aparezcan en la sentida Colombia, tan Pura, tan patente en su generación de poetas. La altitud lírica de su tierra no la he visto con los ojos mortales. Pero la he vivido de modo secreto y libre a través de la sucesión poética de su obra. Llamo su obra a sus poetas. Porque si los poetas son hijos de su tiempo, lo son por virtud de la tierra que los sustenta y del firmamento que los corona. Allá, lejanamente, José Asunción Silva, la noble sombra conmovedora, a quien algo deben tantos poetas que no lo saben. Más tarde Guillermo Valencia, si hoy, sin duda distante, menos impasible acaso de lo supuesto. Después el salvaje, el triste Porfirio Barba-Jacob, ardiente y luctuoso como un presentimiento del trópico en desorden. Luego los maestros más jóvenes, por fin los últimos nombres, que vienen como ondas a romper ininterrumpidamente desde el vasto océano que los envía. ¡El mar, el mar nunca se acaba!, pudiéramos exclamar sintiendo las frescas espumas que la total voz de Colombia sigue enviando.

Fernando Charry Lara es uno de esos nombres nuevos, nuevos para la general lengua, que no se conformaría con un remedo de lo anterior, sino que adelanta un eslabón distinto para la sucesión libre y encadenada que es la voz de los hombres, la voz de sus poetas, en el transcurso de las edades, hasta la triste consumación del tiempo.

Casi todo poeta sabe que es vana la obra de los hombres. ¿Pero quién será el poeta completo a quien esta sabiduría lleve a la aniquilación, al perfecto mutismo? Es conmovedor ver, ya desde alguna altitud del vivir, cómo cada generación repite el mismo ademán, como lo hace también el niño que nace, y ver que la contumacia es la reclamación de la vida. Vida y poesía no son, en algún sentido, distintas, y porque vivimos hacemos poesía, y, ay de los poetas que la hacen extremando un margen, una torre triste, una exangüe lámina de papel. Desde todas partes puede hacerse la poesía, a condición de que efectivamente lo sea. Pero siempre girará alrededor de la vida, o de su otro nombre, la muerte. Nunca como leyendo la poesía se comprende, quiérase o no, la unidad de destino.

Desde ese tronco esencial está hecha esta primera poesía de Charry Lara. Los temas eternos del hombre —el amor, la esperanza, la pena, el deseo, el sueño— trascendidos al mundo que le rodea, son el tema de esta poesía, que parece arrastrada en el vasto aliento de la noche tentable. Un verso, suelto generalmente, otras veces medido, a un tiempo justo y libre, como únicamente puede ser el signo fiel de la comunicación, expresa los anhelos de un corazón entero que no se siente del todo distinto del medio telúrico o cósmico que le sostiene o envuelve.

"Yo lo canto y sus nubes son el cielo perdido
Que vaga en mis palabras como luz soñadora."

Este aquí fino trazo, leve, a veces se amplifica hasta la majestad de los cielos oscuros, como en ese poema "Nocturno lejanía" que parece cifra de esa primera actitud de ciencia triste en el hombre ante el amor, el mundo y la noche propagadora, todo misteriosamente acordado como un eco de su vinculado corazón.

Son las fuerzas exploradoras, las fuerzas inquietadoras las que en este como en otros poetas jóvenes parecen mover sus versos, así como colorear el espíritu que los anima. Hay aquí, y esto es común a un lenguaje de un sector de la época, como una conciencia difusa del mundo desalentado. El entrañamiento del poeta no ve, si mira al cosmos, una luz al fondo; solamente

registra la obsesión de la noche, los movimientos crueles o turbios que sin destino gobiernan el desnudo humano. La Naturaleza parece participar de esta agitación cercana al desorden, ese vaivén amante y triste en que los cuerpos buscan a los cuerpos como las olas buscan a las olas, "como las olas buscan otras y otras y otras olas".

Más suerte tienen otros poetas (más suerte para su paz personal, que no para su resultado poético, porque este por ello no se cualifica), a quienes mueven los instintos opuestos: el afán ordenador, el impulso conservador de fijación. Son los que se concretan, a veces dentro de un medio de incertidumbre, en esos aparentemente paradójicos movimientos neoclásicos, que cuando son de inspiración ilegítima no remedan al mármol, sino a su vaciado en escayola. Y que tan deprimentes resultan, en este último caso, para el apasionado contemplador de la sucesión poética.

Agitado, estrechado, asaltado, Charry Lara no se defiende: acepta valientemente la enorme verdad solitaria. El destino del hombre quiere latir en estos versos fraternalmente brindados al amor común que no se redime. Hay un estado del alma en que la ciencia misma es amor, y el ojo, iluminado por una luz sin origen, conoce, y acrecienta su amor en proporción a su sabiduría. Esta ciencia es fecunda y positivamente adelanta, por la vía de la intuición, hacia el inalcanzable amor absoluto.

En estos casos el poeta tantea, dice no saber, confiesa ignorar (Charry Lara lo manifiesta así, ante el velo enigmático: "Mas sólo se sabe que siempre poderosa / crecerá sobre el océano la noche"). Pero qué profundo consuelo da la aparente ignorancia de tales poetas, que al negar están afirmando, que al definir su desconocimiento están desvelando, alcanzando la única inefable ciencia posible. Sí, tocan con sus vastos brazos el remoto límite, que ellos llaman límite; pero al acercármolo, nos lo revelan. Y su súbita cercanía nos ilumina, en el alto y puro sentido de la palabra.

Junto a la pesadumbre grave, algunos versos de este libro tienen la pincelada fluida de la tristeza que se define joven. Bella y huidiza se manifiesta en el poema "Tristeza del Oeste", "de colores tan claros":

"Quisiera con mis brazos asir el bello Oeste,

Su fugitiva luz, su dorada tristeza".

Sabemos que ese son melodioso, cuando en un poeta joven se da, tiene la virtud de reponer la esperanza por el camino de la efusión. Juventud, bella y dulce tristeza entonces que más que a dolor mueve a amor. No he comprendido nunca que la representación del pensativo sea encarnada por la imagen de un viejo. El misterioso pensativo es como un joven absorto que apoya su rostro en su mano, con una tristeza sin edad, iluminado por una luz que le roza y en cuyo resplandor intacto van invisibles los soplos de la muerte. En ese rostro aparecerá entonces la verdadera tristeza metafísica.

Otra es la vía general de la tristeza en este libro. Vivido, hollado, surcado, la experiencia del autor da la medida de un camino humano, hecho, cumplido en un primer transcurso desde el que se eleva un modo general de conocimiento. La punzada dolorosa la puede dar ya el recuerdo: el bien perdido tiñe de significación el mundo, al que envuelve, revelándole, la obsesión de la noche.

No es perfilar en unas líneas a Fernando Charry Lara lo que aquí se pretende. Pero desde esta distancia es justo y alegre saludar el nacimiento completo de un poeta que, con perspectiva, contra el cielo de nuestra lengua se dibuja con su creciente, con su nítida personalidad. Y es un gozo saludar en él a una generación que viene a continuar con nuevos brillos una tradición de poesía ininterrumpida sobre las claras, limpias, propagadoras tierras colombianas.

Miraflores de la Sierra, agosto de 1948

¡Oh llama de amor viva
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
SAN JUAN DE LA CRUZ

NOCTURNOS Y OTROS SUEÑOS

1949

PAÍS EXTRAÑO

1

Cielo de un día

Sólo nubes el día, sólo, blancas, las nubes.
Las nubes tan lejanas y el viento que las ciñe,
Las nubes y el estío que brilla en las praderas
Como dora la tarde, silenciosa, mi frente.

(Tanto fulgor despierta en la memoria el sueño
De un misterioso día que embriagó el corazón;
Amé yo un claro cielo de tristeza sedienta
Como la pesadumbre de los atardeceres;

¿Dónde estará, de qué país, de qué horizonte,
Como sol extraviado entre lentos crepúsculos?
Yo lo canto, y sus nubes son el cielo perdido
Que vaga en mis palabras como luz soñadora).

2

Adivina el verano

En las nieblas sedientas me embriagan lejanías
De países borrados en la luz lentamente.
Cielos, árboles, nubes, un sol entre los sueños,
Ciudades para hallar en el recuerdo un día.

Serán allí los pasos tal un abrazo lento
Hasta morir ceñidos bajo un pálido azul.
Me hundo en la comarca prodigiosa y distante

Como en el dulce cuerpo de la noche el amor.

Busco en la sombra estéril su tibia luz ausente.
Me ilumina de pronto, fulgor sólo del sueño,
La alegría remota del verano encendido,
Una ráfaga viva y un nocturno esplendor.

3

Al mar la sombra mía

Jamás mis vagos días encontrarán el mar
Ceñida su tristeza de perfiles lejanos.
El mar de orillas trémulas y praderas desiertas,
Húmedas como flores o noches sollozantes.

El mar, el mar me llama con su voz de amargura.
Mas en tardes calladas yo creo en la alegría
De sus lentas mujeres, yo creo en la alegría
Del mar, del mar inmenso sin nostalgia de costa.

Ceñida su tristeza de perfiles lejanos
O en la tarde sin lágrimas, nunca lo encontraré.
Pero como una estrella que busca su paisaje
Estaré yo una noche muerto y solo en el mar.

BLANCA TACITURNA

Qué día de silencio enamorado
Vive en mi gesto vago y en mi frente.
Qué día de nostalgia suavemente
Solloza amor al corazón cansado.

Alta, dulce, distante, se ha callado
Tu nombre en mi voz fiel.
Pero presente
Su turbia luz mi soledad lo siente
En todo lo que existe y ha soñado.

En la tarde vagando, voluptuoso
De horizontes sin fin, la lejanía
Me envuelve en tu recuerdo silencioso:

Claros cabellos, cuerpo, ojos lejanos,
Pálidos hombros. Oh, si en este día
Tuviera yo tu mano entre mis manos.

OLVIDO

Los días, que uno tras otro son la vida...

Aurelio Arturo

La trémula sombra ya te cubre.
Sólo existe el olvido,
Desnudo,
Frío corazón deshabitado.

Y ya nada son en ti las horas,
Las taciturnas horas que son tu vida.
Ni siquiera como ceniza
Oculta que trajeran
Los transparentes
Silencios de un recuerdo.

Nada. Ni el crepúsculo te envuelve.
Ni la tarde te llena de viajes,
Ni la noche conmueve tu obstinada
Nostalgia del amor, cuando
Una tática doncella surge de la sombra.

Oh corazón, cielo deshabitado de los sueños.

EL VERSO LLEGA DE LA NOCHE

En la ciudad de bruma la fiesta
De las noches es un bosque
De cabelleras oscuras y de estrellas.

Turbándome con sus pálidos dedos de rocío
Como entre los amantes sorprendidas palabras,
Su silencio enloquece las plazas solitarias,
Las calles, los ámbitos callados
Por donde pasa el aire misterioso de siempre.

Es el rumor, las alas
Como al anochecer la sombra
De una cabellera en las manos.
Es el rumor vagando entre vientos,
Entre lúgubres vientos
En que sollozan luces
Y espejos de la ciudad nocturna.

Es el rumor, las sílabas
Que nacen y llevan una canción
Al corazón que sueña,
Una canción, las sílabas
Creciendo en medio de la niebla
O tal flor desnuda bajo lluvia.
(Nunca hemos amado tanto, nadie
Sabrá decir que hemos amado tanto
En una noche.
En nuestro corazón resuenan los horizontes
resuena también la vecindad de la tierra).

El verso silencioso fue en la noche,
El verso claro fue el instinto
Bajo ruda corteza o piel amarga.
El verso, palabras ceñían los cuerpos
Delgados de las mujeres,
Sus claros cuerpos bajo la luna
Suspendidos en la música,
Sílabas ceñían sus cuerpos
Como voces ardientes, como llamas.

En un árbol de lluvia que gime al viento
Sus canciones,
Sube la sangre en río sollozando ligera
Y soporto encendida la tristeza de un grito
largamente tendido en medio de la noche.

De la noche sedienta, de la innúmera noche,
De la noche que guarda
Los deseos como sombras,
De las dolorosas, mudas sombras amadas,
Sombras de los deseos,
Sombras de un antiguo amargo silencio.
Amargo, sí, errante silencio en que no queda
Sino el poema en la noche
Como recuerdo herido por el filo de un beso.

SOLEDADES

1

Antes

Recordando a solas
Años y años idos,
El mar de las olas.
Las olas navíos,

Venían al cabo
De ocultas fatigas
Los pasos primeros
Del silencio amado.

Sólo era entonces Invisible forma
Que se presentía,
Callada, en el aire.

2

Adolescencia

Como flor, como caricia,
Entre la sombra, suspenso,

Inmóvil cuerpo vacila
En la penumbra del lecho.

Dulce llovizna al oído
Susurra el sueño, la calma.

Silencio vasto: desnudo
El cuerpo bajo las sábanas.

Y al claro insomnio se suman
Las maravillas inmensas.

3

Paseo nocturno

En la noche de la avenida,
Soledad, sombra y silencio
Atraen confusos
Los recuerdos y los presentimientos.

Ciudades, ríos y mares
Hermosos de estelar fulgor en la tiniebla.
Y vosotros, nombres y cuerpos lánguidos
Que vagáis en la memoria sin precisaros:
Os he alejado hasta el destierro,
Mas en la hora nocturna
Bajo vuestra luna secreta revive mi embeleso.

No importa que al final de los días
No os hayan apresado delirantes mis manos,
Dulces, íntimas, misteriosas criaturas,
Si a pesar de los hombres, sonámbulo, fui vuestro.

COMO LA OLA

Con llegada de espuma hasta la playa triste,
Oscura ola de esplendor lunar extendido,
Tú cruzas, tú cruzas
Con remoto ardor despertando mi beso
En el mar delirante de la noche.

En fuga siempre, llena de reflejos,
Reconstruyendo a solas lo amargo y lo distante,
O recostada un poco a la luz de los crepúsculos,
Así mejor dibujo la melancolía de su retrato:
Junto al piano, a la ventana
De irrespirables sueños, a la música de súbito callada.
Esperando una voz que llega como el eco a las zonas
Desiertas.

Nocturna entonces,
Como la piel,
Como lo profundo de los besos,
Como la noche de los árboles.
Como el amor sería junto a su cabellera.

Luego, sin sonido,
Espuma silenciosa tras la sombra,
Entre el rumor apagado de los pasos,
Desnuda huyes, pálida ola,
no se te reconoce.

LAS TARDES

Oh pálido reflejo de las tardes
Suspensas en el aire, adormecidas
Con un vago color, con un temblor
Sobre el alma que sueña distraída.

Y revive en la atmósfera un perfume
Lánguido y lejano, destruido
Por una furia triste, por la lluvia
Que fluye de la desolación hacia el olvido.

Al corazón y al aire no preguntan,
Serenos al azul, iluminados,
Por qué en la tarde callan su delirio.
Nadie a su soledad se ha aproximado.

Sobre el rostro que calla pensativo.
Oh trémulo paisaje de las tardes.

NOCHE DESIERTA

Ronda en la noche a veces un sordo rumor de bosques
de raudas sombras girantes y vientos fatigados.
¿Dónde oír, dónde oírte, delirante gavilla de sueños,
Sino en esta silenciosa, honda penumbra de la noche?

Rondan bosques, polvo de secas hojas y rumores, viejos caminos,
una canción, clamante luz que descendió a los labios,
Cruza de sonos extraños y temores este sueño de piedra
De las formas dormidas. Un rudo viento y en el viento la canción.

Crece, crece el sonido de la sombra insistente.
Una brisa, una hoja resuenan en el alma con extendido eco,
aparece un recuerdo entre mil nombres, tal un aproximar
De mariposas en las horas que llegan de las distancias a la noche.

Esta es la noche, dócil mujer de quien quisiéramos rescatar
Un amor antiguo, una caricia, un deseo misterioso y ardiente.
Como mujer debiera tenderse eternamente al lado
Y serían de su cuerpo los perfumes nocturnos, los aromas lunares.

Algo hay sobre la tierra: olvido y esperanzas, la vida,
un sueño crece de lo perdido, de la infancia remota
Que avanza bella y lentamente, como con paso de mujer enferma,
Brotando vagas voces, palabras y siluetas de humo en la memoria.

Algo hay sobre la tierra: la vida, esperanzas y olvido.
Sobre la noche un hondo, sordo rumor de bosques
Que llega al corazón desierto con parajes recónditos
De maderas nocturnas, viejas ramas, aves desconocidas o siniestras.

Después todo es silencio. La noche, cerca del mar,
No dejará, contra las rocas, contra la playa, su dramático acento
De desbordantes aguas batir espuma blanca y soñolienta.
Pero lejos, entre ciudades sin orillas, un trémulo silencio arde sin fin.

INSOMNIOS

1

Llegar en silencio

Despierto en la noche lleno de palabras
Como envuelta entre las llamas de la música
Se levanta una casa en la distancia.
Un perfume hay, un valle de silencio,
Un lento roce o beso se aproximan, callando,
Si llega el delirio, el fulgor solitario del insomnio.

Quiero entonces una silenciosa figura humana,
Quiero un rostro hasta mí llegar, quedarse lento.
Quiero unas manos, un pecho, unos devoradores labios,
Todo lo que un nocturno cuerpo nos entrega.

Hasta mi habitación podría llegar
Con un paso de ola o lenta nave,
Prolongando el deseo, espina de las noches.

Extendería entre los terciopelos húmedos de los besos
Sus cálidos brazos,
Hasta no ser sino un cuerpo
Abandonado calladamente sobre otro.

Hasta morir así, hasta juntar los labios, los pasos
Que con los pasos míos
Recorren, como también el viento de la noche,
Desiertos corredores donde se oye
Llorar el escondido amor entre las sombras.

2

Nadie sabe

Se vive en el olvido,
Digo que en el olvido
Se vive, ¿o es que acaso
Alguien soñó tener
Por sobre el pecho triste
La ilusión de estar vivo
Cuando sólo la sombra
Desnuda danza en medio
De los cuerpos, y cuando
Sólo el olvido cura
De la vida?
(Apenas sobre el pecho,
Desvelado,
Secreto,
El eco de otro sueño).

3

Entonces

A solas en la noche el habitante
Repetirá en su sueño esta elegía.

A solas con su amor y su derrota:
La varonil tristeza de los sueños.

Alguien también, entonces como ahora,
En un viaje nocturno y sin regreso.

NOCTURNO LEJANÍA

Yo recuerdo el mar, apenas, una noche azul, de pie,
En que lentamente llegaba como en olas de música,
a solas, desde ventana, veía en su venir y perderse
La fatiga inagotable, el vano, el insaciable sollozar del mar.
El agua reflejaba la luna blanca sin cesar.

Luces distantes había, estrellas de la noche azul,
Y algunas voces lejanas, fatigadas, ya fatigadas, se oían, leves
Rumores perdidos entre las hondas aguas, y el innumerable
Ir y venir de las olas se oía, su congoja desierta, la dura identidad
Que el corazón descubre entre su soledad y el mar.

Apenas lo recuerdo así, nocturno, aunque el sol
De las mañanas y las tardes repite en el alma su esplendor.
De sombras en la noche es su presencia, y cuando una tumultuosa
música

Dispersa su desbordante sueño entre mi pecho,
Son latidos, olas, oscuros deseos.
La ventana silenciosa frente al mar.
Aquella luz, la mirada perdida más allá
Del océano, un gesto de soledad humana,
las olas que cansadas a la orilla llegaban
Después de leguas, horizontes, días.
Su vivir ignorado, fatigado.
¿Será así la vida inexpresable como el mar,
Los besos y las lágrimas espuma y sal serán,
el deseo se extenderá entre la belleza de los cuerpos,
así los cuerpos buscarán otros cuerpos
Como las olas buscan otras y otras y otras olas?

Recuerdo así el claro océano, sus desiertas, solitarias extensiones azules,
Más claras cuando la luna, sumergida en las aguas con luz yerta.
Hace brillar el mar con un pálido resplandor de mármol frío,
Esa columna o lápida olvidada que fulge, silenciosa, en una noche
ardiente de verano.

Estaba así el mar, fatigado ya un poco de su furia y lamento.
De pie, a la ventana, el más hermoso silencio,
El más puro misterio dominaba el descanso
De las extendidas, desoladas llanuras marinas,
En cuyo fondo un invisible trote de caballos avanza como la lluvia.
Hubiera también querido la tormenta, los naufragios,
Las desatadas aguas y los relámpagos,
Sólo por ver cómo la lluvia se confunde, se prolonga en el mar.

La calma a medianoche vertía raros aromas en el aire.
Llegaban las olas, lentamente en su sueño venían, y las ondulantes
Azules aguas azotaban en apagado galope la playa.
Fulgía una luz trémula, la luna cansada de asistir a la fatiga estéril de los
hombres,
La luna, un resplandor como de olvido.
¿Para qué, para quién fue hecho ese silencio, esa actitud callada
De la noche?
Lejos, en algún sitio desierto del mar o de la tierra,
El tiempo, hermoso por lo eterno, acaso sería un poco lúgubre.
Lloverían finas lluvias, goteantes cayendo,
O tempestades habría.
Mas sólo se sabe que siempre poderosa
Crecerá sobre el océano la noche,
ocupará el mar en las sombras más espacios,
Inundando costas, tristes islas.
Litorales de insistente nostalgia,
Y el nocturno poeta preguntará por su hastío para renovar los sueños,

Porque en el ocio nace su voz, su grito delirante.

Había en el corazón una lenta fatiga, como la de los rostros
Que lloran su extinguida belleza. Una fatiga en olas, en ternura, en
lamento.

Sonaba, resonando la brisa con furia en la noche. En el hondo silencio
Giraba el viento, el viento, suspiro moribundo hasta mi pecho.
Recuerdo entonces cómo palidecía la luna al resbalar sobre el mar,
Cómo su dulce resplandor moría, anhelante sin fin, en movimiento frío.
Así se congelará la sangre un día, fatigada y callada, sobre mi corazón.

TRISTEZA DEL OESTE

Qué triste es el Oeste, de colores tan claros,
Ausentes, al abrigo de todo lo perdido:
Es una tierra parda, sin forma y en silencio.
No se sabe si ríos la crucen soñolientos.

Tampoco si de valles, de cansados caminos.
Si de nubes, su cielo, esas blancas espumas.
No hay nada, sólo crecen los sueños del olvido
Sobre el impenetrable corazón del paisaje.

Quisiera con mis brazos asir el bello Oeste,
Su fugitiva luz, su dorada tristeza
Que resplandece, pura, en el aire vacío,
Con un fulgor monótono de llanura sedienta.

Los hombres del crepúsculo que sueñan horizontes
Mirando el encendido temblor de los ocasos,
Como un bosque de grandes sombras deshabitadas
Ven hundirse en la noche la tierra del Oeste.

CUERPO SOLITARIO

He venido a cantar sobre la tierra las cosas
Que se olvidan o se sueñan,
He venido a buscar una respuesta con palabras
Que no recuerdan nada.
Apenas se oye la vida girar en torno de los seres.
Nadie contesta, vago entonces, camino.
Esperando unos labios tendidos al deseo, bocas
Que brillen en la oscuridad más radiantes,
O aguardando una hora para entrar
Con la frente encendida hasta las sombras.
Me paso el tiempo, vengo y voy,
Tiempo muerto o perdido. Qué unidad
De tardes, de noches, de agonías calladas,
Y en el atardecer de un día cualquiera
Encontrarte en el pecho solitario.

Deja, deja mi voz caer hasta tu vida, oh delgado cuerpo
Que nombro con las formas misteriosas del aire:
Brisa que entre mis labios suspira,
Silencio cerca de la nostalgia,
Abandonada luz hasta mi frente.

Deja también caer sobre tu pelo
La luna de esta noche y su perfume,
Para aclarar, para empalidecer
Los objetos bellos a tu alrededor.
Mi deseo de un cuerpo hacia ti me aproxima,
Hacia ti me conduce con pasos y preguntas.
Y sé que no eres más que mi sueño,
Pero aún eres un cuerpo.

Un pálido cuerpo que mi beso
Recorrería en silencio lentamente,
Un seno que el aire reconoce
Como una ardiente copa de sollozos,
Unas manos, unas pestañas largamente inmóviles.

Si yo creo que camino, eres tú
Quien me buscas, eres tú quien me hallas.
Reconóceme en el primer recuerdo de tu espera.
Tú vienes de una vida remota
Y descubres en mi mano el perdido horizonte.
Tú oyes mis palabras como encontrando el sueño, el cielo,
Un rostro en que te puedas mirar eternamente
Sin temor de que una agua helada de súbito lo calle.

¿Qué vienes a olvidar junto a este nombre mío,
En suplicantes noches, con ese resplandor violeta
De las lágrimas?
Háblame, háblame, hasta caer
La pensativa melena sobre mi hombro
Como con abandono de flor que el viento roza.
Dime mejor tu ira con violencia,
Con la desolación de tus ojeras,
Sal llorando a lo largo de una calle,
Sal hasta el aire, sal hasta la tierra,
Sal con tus dos piernas tristes a pisar esta nieve caída.

Puedes aún oír, escuchar el pasado tiempo en la sangre.
Ven, corre, llega a unos brazos desiertos, apóyate en mi gesto.
Huye de un recuerdo de monedas,
Huye de la sombra, del espejo que te refleja el nombre,
Huye de un día de viajes amargos y despedidas
En largas carrileras,

Hasta descansar en mí, hasta morir o renacer en mí.
Porque luego nada sino nadie junto de tu pecho,
Nadie ni con un eco débil a tus oídos pequeños.
Todo pasando sobre ti con fuego, aislándote
Del aire y los reflejos, todo
Queriendo encerrar tu corazón en lo oscuro, encadenar
Tus plantas a la noche y a esa casa que el viento
Recorre silencioso.

Vives en ti, pequeña flor olvidada de los hombres,
Alta en morena belleza taciturna.
Vives en ti y el misterio te rodea
Como el incendio alrededor de una estatua.
Ahora vienes, ahora comienzo a ser materia de tus ruinas.

La lluvia solitaria, los inviernos,
El tenaz día del agua pálidamente llega.
Todo en el cuerpo es un exterminio de jardines.
Como una devoradora uña, como una única
Uña en el centro del alma,
Así desgarrar el amor por dentro.

SECRETA VIDA

Oh , dime, dime, cuando la noche
Hace más pálida tu callada sonrisa,
Lo trémulo de la hora,
El pensamiento solitario,
Los vagos ruidos como lluvia
¿Reclinan tu cabeza en el silencio
Por mi olvidado nombre, entonces?

¿Buscas algo como innecesario
Recuerdo, surgen las fechas vagas,
Los semblantes,
Los dulces meses, los ensueños?

Entre la noche que calla
La fuga lánguida de las horas,
Un ruido, un ruido hasta apenas ser
Brisa sobre flor,
Fugitivo amante paso,
Débil sonido, sollozo,
Así calla en mi pecho
Tu blanco nombre, tu nombre amado.

Te pregunto ahora si en el silencio
De las noches, oh, dime, dime,
Llego como tú entre mares vienes del tiempo,
Atravesando calles, salas perdidas en la música
Tras una tempestad de lágrimas antiguas.

Oh forma esbelta del humo
Crepuscular, del cielo azul y la noche cercana.

Oh súbita presencia del olvido,
Oh desvanecida
Imagen del sueño y de la vida.

TE HUBIERA AMADO

Te hubiera amado,
Perfil solo, nube gris, nimbo del olvido.

Con el misterio de la mirada,
Bajo la tormenta oscura de las palabras,
En la tristeza o puñal de cada beso,
Hasta la ira y la melancolía,
Te hubiera amado.

Ay, cuerpo que al amor se resiste
No ofreciendo su nocturno abandono a unos labios.
Sobre su piel la luna inútilmente llama,
Llama inútil la noche
Y el sol, inútil llama, lame
Con una lengua sombría sus dos senos.

Te hubiera amado,
Rostro donde el día toma su luz hermosa.
Frío, dolor, nube gris de siempre,
Como un relámpago entre el sueño amanecías
Sonámbula y bella atravesando
Una aurora.

Tarde naval sobre el azul se extiende. En el sueño del horizonte todo se
olvida.
Vive tú aún, secreta existencia,
Mía como el deseo que nunca se extingue.

Vive fuerte, relámpago que un día amanecías, Llama ahora de nieve.
Mírame aún, pero recuerda

Que se olvida.

SIN DESEO

Al contemplar el día,
Al recordar (esa nube pasa
Ahora como ayer, lejana, con olvido).
Al suspirar, si acaricia, la brisa lenta como mano,
Como labio que roza el aire desfallecido del atardecer.

Si todo lo llena ahora un sol excesivo,
Un fulgor desmedido,
Un resplandor extraño que me abandona
En la llanura, tendida bajo los pies,
Como mano o luz
O esbelta furia encadenada.

En soledad, a solas.

Si al contemplar el día
El reino del olvido silencioso se cumple
En las rosas de sueño pálidas y extintas,

No recordar el campo, la soledad,
La amargura de la tierra
Entre el fatigado verdor tibio
Llamándome.

Así la vida será venir la muerte lentamente.

EN INVIERNO

Una tarde de invierno, la luz entre las lentas
Nubes, lívido el aire.
Desnudos los refugios, inmóviles los cuerpos
En el frío.
Así la ciudad que habito.
Y de pronto cae la noche con sus sombras heladas:
Desolación inmensa para un pecho
Que nada comprende.

Hay una desierta palidez en el aire
Translúcido como en una mañana de la infancia.
Recuerdo entonces pensativo
Callar ante la invasora soledad del invierno
Bajo la desesperada ira
Del agua y del relámpago.

Mi cielo, apagado horizonte sin fulgor,
El cielo mío, la obstinación de lo blanco,
El repetido caer de la lluvia sobre la región.
Un paraje que debiera tenderse en agonía,
Que debiera cruzar un ave triste,
Hundirse bajo el anochecer
O que debiera yo
Amar hasta morir u olvidar.
Hoy me pregunto y digo: las aéreas plumas
Oscuras llegaban con su frente morada. Mas ¿cómo
Aquella invasión de grandes nubes
Engendró la soledad de los cuerpos?
Los hombres que conozco, ausentes, sin testigos,
Sus rostros, la delatora presencia del hastío,

Aman únicamente la pesadumbre invernal.

Junto al extendido invierno
Una vez, sonámbulo,
Me perdí frente a un paisaje
De verdes ruinas alrededor de las casas.

La llanura crecía con el silbo del viento,
Perpetua luz tendida, color glacial de lo remoto,
Extensión solitaria como
Un desconocido mar en el atardecer.

Lleno de obstinación sombría quise
Recorrer una ciudad sin hombres hecha para la lluvia.
Las plazas vacías, sin la respiración
Del amor y del dolor.
El verdor creciendo entre la piedra de las calles,
La sollozante palpitación bajo los pasos.
Nada más en el imperio desolador de la blancura.
Sobre los blancos muros abandonados, ni el débil
Peso del aire, ni los reflejos sobre las ventanas.
Sólo un viento cruel de extremo a extremo como un grito.

Una ciudad así para encontrarte, imagen tuya,
Imagen rescatada de un antiguo tiempo secreto,
Sola habitante de una ciudad vencida por la lluvia.

De niño, absorto ante los grandes inviernos
En el balcón adonde llegaban
Las ciudades edificadas por los sueños,
Cuando ya el sol vencía lo denso de la atmósfera,
Entre las bahías de las nubes, ciudades.
En el esplendor de los veranos remotos,

Más allá de los mares y las islas,
Surgida de los países cálidos
O entre las avenidas sepultas en el aire,
Esperaba encontrarte un día,
Viva, con un relámpago de estío en los cabellos.

Mas sólo una noche de lluvia, al cruzar una esquina,
Voz como llanto única y sin término hasta el corazón,
Eco perdido en la calma espectral de mi memoria,
Te hallé, en la ciudad desierta,
Imagen sola, melancólico sueño,
Reflejo aún más hermoso que la vida,
En tu mudez, yerta, esquiva como la sombra.

TENDIDO EN EL LECHO

El mundo a tus sueños rendido.
La noche, distante aurora de otra tierra,
El mar y su salvaje
Tristeza de animal insomne bajo la luna,
Las olas que avanzan, perseguidas
Como el amor indomable,
Vagan en una vibración errante entre los aires.

Tú sientes en el pecho esas secretas
Reminiscencias puras de la vida,
Lejanas a los brazos
Y en el sueño próximas,
Y próximas más en esta hora,
En el íntimo abrigo de una habitación Como al encuentro furtivo de dos
amantes,
Lívida ante la sola desnudez deslumbrante.

Tendido de fatiga aquí en el lecho,
De los países extraños amaste
La belleza remota del otoño
el obstinado anochecer en el invierno.
La ternura húmeda del paisaje,
Tus pasos mudos en la ciudad descubierta,
Tus pasos solitarios, el encuentro
De la adorable palidez como fantasma.

Con el movimiento triste de los dedos
No apartes esa música,
No despiertes a la vida:
Estas voces que el oído rozan como alas

Testigos han de ser del sueño a tus recuerdos.

EL HERMANO

Sobre el sepulcro pasa un día y otro día,
Junto a la piedra fría se mudan las palabras,
La pesadumbre y el sueño en el atardecer nos confunden.

Recuerdo, recuerdo mientras
En las habitaciones invade la soledad
Como música o mar.
El polvo se estaciona silencioso,
Se hacen más largas las pausas
Íntimas hasta el mudo desconsuelo insaciable.

El tiempo oscuro no regresa con sus calles
Iluminadas tras el beso de la lluvia.
Ni regresan los vastos corredores
Dormidos en la ausencia de unos pasos
A recoger, sonámbulos,
Tus pies desnudos como fríos pétalos.

Nadie te espera sino el que ha sido bajo mi piel,
Nadie te espera
Sino mi lenta muerte y mi desesperanza.

Sálvame en cada minuto de la vida
Con la presencia de tu sombra esbelta,
Solitario en la tarde, hermano muerto.

En los días futuros y desconocidos,
Cuando el abismo entre el cielo y la tierra
Sea como la tarde después de una batalla
Y lo que se creía reposo

Haga brotar las lágrimas.
En el nocturno lugar sin una voz,
Entre la muchedumbre como náufrago sin costa,
Con el imposible recuerdo de una fiesta.
Tambaleante como el ebrio triste,
Hundido en mi corazón,
En la soledad,
Pensaré como pienso ahora en ti,
En los días por venir, en esta melancólica
Cotidiana hora,
En ti como ahora pensaré.

Yo no puedo callar sino morir
Cuando en el día inmenso
Cuando ante el infinito cielo
Recuerdo el paso del tiempo
Como paso de llama
Devorándolo todo.

Encontrar tu rostro en el espacio,
Reconocer en tus labios mi silencio y en tu contenido
Gesto lo profundo de mi deseo.
Buscar la muerte, tuya o mía,
Mirarme lentamente,
Llorar por mí sólo un momento.
No es nada, es lo de siempre.
Con los ojos fijos en la lejanía violeta
Bello es ser muerto y comprobar el destino:
Así sabré que me has acompañado con tu sombra
Cuando más a solas me creía,
Así sabré
Que era también tuyo eterno mi deseo
De la soledad sin fin hasta la muerte.

Sí, surge tu estatura con unos pasos sordos
Que hacen crecer el silencio.
Una gran sombra invade donde cayó tu paso.

Estás en la lluvia sobre el campo rendido,
En el viento que rompe las viejas ventanas,
En ese paso del tiempo también en una llama
Recorriendo la desierta extensión sin reposo.

Estás aquí, seguro yo de tu vivir.
Podría ahora escucharte, latido, insomnio a mis oídos.
No dudaría de tu existencia encerrada, ahogada en mi fiebre.
Creo en ti por estos huesos con los que débilmente me arrastro
Y de mi pasión dan cuenta.
Creo en tu sombra a mi lado
Demasiado cerca de mi sueño, demasiado lejos de mis manos.
Libértame de esta vida que no es mía porque no tengo
Donde abandonarme a tu encuentro.

Dame la fortaleza necesaria a mi combate
Oh dios en el espacio como la más blanca nube.
Escúchame, escúchate en mi boca.
Pronuncia la más profunda palabra a mis recuerdos,
A mi ansiedad, a mi memoria en ti.
Roza en el aire una música como dedos laúdes,
Regrésame a una edad secreta como el amor.

Llegan tus pasos tal tormenta remota en un sitio
De abandonadas sombras fijas en los muros.
Llegan pesadamente y al cabo callan luego
Con el silencio que esas quietas sombras imponen.

Llega, llega siempre y regresa
En el más hondo suspiro de la noche a mi desvelo.
Despierta a mi nocturno clamor como al beso la carne,
Como al astro lejano la amante solitaria.

Tendido tu cuerpo repose finalmente
En el silencio de una orilla desierta, hermosa entre
Los resplandores de un sol extrañamente lívido y eterno.
Mas llega, llega la última noche de mi vida, la tuya,
Reconquístame a tu nostálgico reino pálido.
De entre los hombres rescátame
A tu crepuscular isla
Desnuda y sola ante la resonancia del mar.

LOS ADIOSES

1963

A LA POESÍA

Al soñar tu imagen,
Bajo la luna sombría, el adolescente
De entonces hallaba
El desierto y la sed de su pecho.

Remoto fuego de esplendor helado,
Llama donde palidece la agonía,
Entre glaciales nubes enemigas
Te imaginaba y era
Como se sueña a la muerte mientras se vive.
Todo siendo, sin embargo, tan íntimo.
Apenas una habitación,
Apenas el roce de un ala o un amor que atravesase noches,
Con pausado vuelo lánguido,
Con solamente el ruido, el resbalar
De la lluvia sobre dormidos hombros adorados.

Sí, dime de dónde llegabas, sueño o fantasma,
Hasta mi propia sombra, dulce, tenaz, al lado.
Así asomas ahora,
Silenciosa,
Tal entre los recuerdos
El cuerpo amado avanza
Y al despertar, a la orilla del lecho,
Entre olvido y años,
Al entreabrir los ojos a su deslumbramiento,
Hoy es sólo
La gracia melancólica que huye,
Invisible hermosura de otro tiempo.

No existe sino un día, un solo día,
Existe un único día inextinguible,
Lento taladro sin fin royendo sombras:
No soy aquel ni el otro,
Y ayer ni ahora soy como soñaba.

Qué turbadora memoria recobrarte,
Adorar de nuevo tu voracidad,
Repasar la mano por tu cabellera en desorden,
Brazo que ciñe una cintura en la oscuridad silenciosa.
Ser otra vez tú misma,
Salobre respuesta casi sin palabras,
Surgida de la noche
Con tristes sonidos, rocas, lamentos arrancados del mar.

Tú sola, lunar y solar astro fugitivo,
Contemplas perder al hombre su batalla.
Mas tú sola, secreta amante,
Puedes compensarle su derrota con tu delirio.
Míralo por la tierra vagar a través de su tiniebla:
Crúzalo con la espada de tu relámpago,
Condúcelo a tu estación nocturna,
Enajénalo con tu amor y tu desdén.
luego, en tu desnudez eterna,
Abandóname tu cuerpo
Y haz que sienta tibio tu labio cerca de mi beso,
Para que otra vez, despierto entre los hombres,
Te recuerde.

JARDÍN NOCTURNO

La mancha del cielo azul, sombras de árboles, sombras de nubes,
Y alrededor muros, ruinas, piedras que en el silencio
Son frío, si la mano, si el pensamiento las roza.

De noche, retraído y apasionado,
Contemplar desde allí lo lejano.
Olvidado de sí, hambriento del mundo,
Vagar entre luces, ciudades, veranos. Mas luego como
Cuando uno, sin saberlo,
Extiende por mares su corazón
regresa al solo sitio en que sueña:
ha pasado
El tiempo, y sin embargo
Está el fulgor lunar sobre la vida. Así ilumina.
Así entristece viril
Al hombre la soledad de su delirio.

FANTASMA

Esbelta sombra dulce, sombra que lenta te entregas,
Cuerpo en forma de cielo y sueño, reposas en el aire,
Rompes el silencio con el corazón a borbotones,
Pero me dejas en suspenso, extraña,
Sólo palpitación, sólo deseo,
Hallazgo imprevisto de mi destino ignorado.

Como distancia entunada y desierta
Así de soledad y palidez te imagino, así
Te construye mi pensamiento, me llegas, te amo.
Lo impenetrable de mi ser creas a tu imagen misma,
Mas sólo existes
En el temblor y fascinación ante tu llamarada oscura,
En esta nube en desvelo o cárcel solitaria de mi frente,
Y en el recuerdo también
De aquel salón con alas en que duerme el hermano muerto
Y un vuelo repentino, esas alas, esa ráfaga fría.

Yo no sé descender sino a ti misma, viva,
Sin hallar jamás la huella bajo tus pies de otra música
Sino solamente el trote,
La desesperación de desencadenados caballos nocturnos.

¿Es sólo un lamento que huye
Ese cuerpo tuyo por el que sueño y muero?
¿La luz que te ciñe y persigue
Es esa sombra por la que vaga desierta mi caricia?
Sin embargo tu desnuda sombra es dulce,
Fantasma, como yo, de polvo y nostalgia,
Y si aparte de esta avidéz en llamas

Fueras leve criatura al lado,
Junto a ti el aire a tu paso como ángeles serían blancas, blandas espadas,
Un diluvio, a lo lejos, un caer de invisibles, inmóviles relámpagos.

Yo no sé, yo no sé por qué mi mano anhelante,
Por qué la obstinación de mi mano como un mar de noche y sin reposo,
No te encuentra finalmente, o mi beso, al rozar esta sombra,
Al contemplarte a solas, oh tú creada de pensamiento mío,
Sino en el atardecer de un desdeñoso juego de espejos,
Rodeada por la música del día y soles y avenidas,
Pero de pronto la evidencia
De no ser ni haber sido,
De sólo ser silencio,
Solamente vacío.

CIUDAD

Por el aire se escucha el alarido, el eco, la distancia.

Alguien con el viento cruza por las esquinas y es un instante
Su mirada como puñal que arañara la sombra..
Desde el desvelo se oyen sus pisadas alejarse en secreto
Por la calle desierta tras un grito.

Una mujer o nave o nube por la noche desliza como río.
Junto al agua taciturna de los pasos
Nadie le observa el rostro, su perfil helado
Frente al silencio blanco del muro.

(Por el mar bajo la luna su navegación no sería
Tan lenta y pálida,
Como por los andenes, ondulante,
Su clara forma en olas
Avanza y retrocede.

Esos pasos, rozando el aire, se niegan a la tierra:
No es el repetido cuerpo que en hoteles de media hora
Entre repentinos amantes y porteros
Su desnudo deslumbra bajo manos y manos
Y despierta soñoliento en un
Apagado movimiento
Mientras a la memoria
Acuden en desorden lamentos.

En la oscuridad son relámpagos
La humedad en llamas de esos ojos
De oculta fiera sorprendida,

algo instantáneo brilla,
La rebeldía del ángel súbito
su desaparición en la tiniebla).

La noche, la plaza, la desolación
De la columna esbelta contra el tiempo.
Entonces, un ruido agudo y subterráneo
Desgarra el silencio
De rieles por donde coches pesados de sueño
Viajan hacia las estaciones del Infierno.

Duermevela el reloj, su campanada el aire rasga claro.
En el desierto de las oficinas, en patios.
En pabellones de enronquecida luz sombría.
El silencio con la luna crece
Y, no por jardines, se estaciona en bocinas,
En talleres, en bares,
En cansados salones de mujeres solas,
Hasta cuando, como con fatiga.
La sombra se desvanece en sombra más espesa.

Desde la fiebre en círculos de cielos rasos,
Oh triste vagabundo entre nubes de piedra,
El sonámbulo arrastra su delirio por las aceras.
El viento corre tras devastaciones y vacíos,
Resbala oculto tal navaja que unos dedos acarician,
Retrocede ante el sueño erguido de las torres,
Inunda desordenadamente calles como un mar en derrota.

Siguen por avenidas sus alas, su vuelo lúgubre por suburbios:
Se ahonda la eternidad de un solo instante
por el aire resuenan el alarido, el eco, la distancia.

Muerte y vida avanzan
Por entre aquella oscura invasión de fantasmas.
Los cuerpos son uniformemente silenciosos y caídos.
Un cuerpo muere, mas otro dulce y tibio cuerpo apenas duerme
Y la respiración ardiente de su piel
Estremece en el lecho al solitario,
Llegándole en aromas desde lejos, desde un bosque
De jóvenes y nocturnas vegetaciones.

TESTIMONIO

Eran vísperas del crimen el empedrado,
La tarde,
El sol caído violentamente hacia el oeste.
Cuando, desde balcón a la plaza,
Veías
Negros jinetes cruzar.

Remotos, pálidos, silenciosos,
Iban
En lento paso morado,
En procesión de monstruos fugitivos,
Y su vacilación el sitio a donde
Llevar duelo.

Cayendo crepúsculo a su alrededor,
Con pisadas secas,
Con aturdimiento, entre el polvo,
Podías creerles
Sonámbulos que cruzaran con cuchillos
Su sombra.

Los recuerdas, atroces de frío
Y de noche, caer
Sobre frágiles chozas
Entregadas
Como el desnudo de sus vírgenes,
Quebrar cuerpos, manchar de sangre muros
Y luego perderse,
Tigres sin pesadillas,
Tras el aullido del aire y las muertes.

En todo lugar la huella solitaria:
Los harapos, el filo de sus dientes, la tiniebla.

LLANURA DE TULUÁ

Al borde del camino, los dos cuerpos
Uno junto del otro,
Desde lejos parecen amarse.

Un hombre y una muchacha, delgadas
Formas cálidas
Tendidas en la hierba, devorándose.

Estrechamente enlazando sus cinturas
Aquellos brazos jóvenes,

Se piensa:

Soñarán entregadas sus dos bocas,
Sus silencios, sus manos, sus miradas.

Mas no hay beso, sino el viento,
Sino el aire
Seco del verano sin movimiento.

Uno junto del otro están caídos,
Muertos,
Al borde del camino, los dos cuerpos.

Debieron ser esbeltas sus dos sombras
De languidez
Adorándose en la tarde.
Y debieron ser terribles sus dos rostros
Frente a las
Amenazas y relámpagos.

Son cuerpos que son piedra, que son nada,
Son cuerpos de mentira, mutilados,

De su suerte ignorantes, de su muerte,
ahora, ya de cerca contemplados.
Ocasión de voraces negras aves.

VERSOS DEL ANOCHECER

Cuando la nube del anochecer definitivamente se borra
Oyes girar
Leves árboles verdes por la espesura
De hojas que son lentas respiraciones amorosas.

El aire como vaga sucesión de montañas
Que de noche confunden con su peso
Tibias lámparas encendidas por no se sabe
Qué mano dulce resbalada en la sombra.

Cuando a solas el anochecer te cerca
Amor a la ventana de amante solitario
Navega soñolienta la nube por la frente,
Visos de luz, brisa, presencia insistente
Que existe, ya sin cuerpo, en la memoria.

Cuando hacia el anochecer hubieras querido
En triste cansancio, ser otro,
Ser una nueva imagen distinta de ti mismo,
Volvería del tiempo pasado, su cielo,
La mariposa sonámbula que viva aletea
Dentro del pecho, tuya, sin fin,
Aunque en vano, callando, la destierres.

EL EXILIO

El hombre entristecido mira
Caer vehemente la luz a su ventana:
Distraído contempla la distancia
De espumas como olas, lejanías.

Leves despiertan a su nostalgia
Los reflejos de otros días,
Y es ocio y congoja de una tarde
Por gracia de este cielo,
Que a su imagen
Es mar azul, playas doradas, islas,
Regresar desde la claridad de unas nubes
En el desmayo ávido del instante
Hacia la antigua soledad remota.

Mas no puede la frente melancólica
Soñar con esperanza sus recuerdos.
Volver a la tierra perdida
Sería también deslumbramiento amargo:
Un sol ajeno se levanta
Como espada en mano enemiga
Y su deseo es apenas
La pasión lánguida de la adolescencia en olvido,
Un indolente jardín o una calle,
Su deseo es apenas un aire,
Si nocturno, de borrosas estrellas,
Si de fulgor o nieve,
Si de sol sangriento en el ocaso.

Sin testigo,

La oscuridad del rostro en los cristales,
Bajo la luz que anochece punzante a la ventana
Sus miradas entonces se obstinan,
Frías, tenaces de silencio,
Más allá,
Entre vagas nubes o mares.

Puñal siempre en el pecho es la memoria.
Callar consuelo ha sido.
Mejor será
Morir secretamente a solas.

MADRUGADA

Ciudad de los adioses, invernal, cielo gris
Donde la hora impalpable amanece
Con un monótono color ya repetido.
Hay quien intenta, junto a los muros
De sus turbias esquinas silenciosas,
Descubrir la hermosura secreta por el aire
Ante la madrugada en el recuerdo
De un día que no ha sido.

Así, un momento, ligera, alada
Te vi en embeleso cruzar.
Deja que la memoria reviva en llamas.
Ahora, mientras mi mano escribe,
O entonces, cuando
El amanecer sobre tu imagen era
No si de realidad o beso, sino de luz, sino de sueño.

Si en otra lívida alborada atravesaras
Un nuevo escalofrío,
Si regresaras en otra claridad desierta,
Tú misma, cuerpo o ráfaga desnuda
De otro espacio no mío, cálido y solar.

Borrosas calles y la llovizna oscura.
Nada sino mi sed, mi desvelo,
Nadie sino la voz del entresueño,
Nada, final, sino
Un eterno encantamiento frío:
Terror que lentamente
Se entreabre, gesto, belleza cruel

Que pasa apenas, fugitiva, sólo al lado un instante,
Por entre los adioses,
Oh tanta luz en nubes de otro invisible mundo.

VIAJERO

La extrañeza del lugar aunque
Lo imaginaba. Lo interminable del instante
Y lo áspero. Un comedor vasto como el hastío.
Mas aquí, en reposo,
El mudo mantel, el atardecer
Junto a la sombra
De los recuerdos en el rostro.
Obstinada la hora
Le encierra, solitario, y al hermano
Que llora bajo sus pensamientos.

Un sitio siempre ajeno como el amor, un lento salón
Que a los fantasmas del viaje, en bandadas,
Aparece de súbito con lámparas y memorias.
Conversaciones, alas, palabras apenas
Rumor en torno. Una cucharada
A los labios con un remordimiento
sobre la mesa, inmóvil, desconocida,
La desolada blancura de sus manos.

Quisiera despertar de entre los muertos
Mientras la hora sórdidamente huye.

Lo piensa mientras a su alrededor
La mosca del sueño, el periódico,
El volumen ardiente de una falda,

No importa
Qué cuerpos o miradas, la tenaz
Ola de melancolía también

Les llega,
Y en procesiones nocturnas
Los huéspedes no duermen sino avanzan
Con equipajes, entre espejos y blancos uniformes,
Sonrientes, solos, sonámbulos.
Por carrileras, a pie, enlunados,
Al subterráneo final de los trenes sin nadie.

A JORGE GAITÁN DURAN

Si tu desnudo gesto inmóvil
Si tu rostro que estalló de pronto ante un espejo
Si tu voz mutilada por el árbol por la nube
Si tu paso callando por un sótano.

Una obstinada selva carnicera
Piedras y hojas de inútil rocío
Y sigo sigo despierto pensando
Silencio ahora duermes
Ahora eres
Un puñado de estrellas y de madrugadas.

La lenta noche del mar vaga por la memoria
La alucinación de cuerpos y fiestas lejanas
El herido cansancio del oleaje a la espalda
La víspera de Colombia en el entresueño
El amor y el hastío el deseo indolente
La respiración el perfume de un pecho a oscuras
El labio adolescente que miras entre lunas
La palidez de los objetos a tu alrededor
El golpe del trueno en olas en espumas en rocas
No escuchas callas es más sordo el silencio
Está más cerca el silencio
Ya adviertes la tormenta los relámpagos
Entresacas otro huracán de tus recuerdos
Ronco de sombras y vientos y agonías.
Si nunca aquella errante ráfaga huyendo
Salida del cielo morado a borbotones
Con un ruido de corazón destartalado
Riega el espacio de lágrimas y desperdicios

Es el inasible aullido del insomnio
Es un largo funeral por una calle a solas
Es un sollozo que silba perdido en las esquinas
Como el eco de un grito en una
Imprevista ciudad que sonámbulo
Vislumbra ves desierta en pesadillas.

Porque inhumano el mundo se niega a ser eterno
Vuelas irrescatable de cenizas
En la medianoche de un bar te despides
Te rodean mutilaciones y senos y maderas
Y ya no quieres escuchar
Mas es verdad que ya no me oyes
Y el traje con que andabas por la tarde
mujeres encinta llenas de besos
Caen también con precipitación
Desplomándose en estrechos invisibles corredores.

Quedan la lluvia la conversación los recuerdos
Si no hubiese sido montaña sino mar sino llanura
Aquel que en mitad del camino de la noche
Buscando palabras el infinito tiempo medía
Sin olvidar la muerte al lado
Repentinamente entrado a su muerte

En el vértigo el asombro instantáneo del vacío
Palpando en el espacio tanta inmovilidad
Ahora te sé de aire y noche y nada.

Eres tú el mismo que vivía
El mismo que regresaba
O era yo o era otro
O éramos me repito nuestros amigos

Estuvimos uno a uno al amanecer en Pointe à Pitre
O pudo no haber sido nadie sino
El sueño de algún huésped de mi memoria
Apenas los cabellos apenas el alba caída
En el vestido
Entre escombros inerte sin luz deshabitado
¿Qué raíces qué miradas lentamente
Despiertan junto a un cuerpo
Silenciosas y frías para reconocerlo?

PENSAMIENTOS DEL AMANTE

1981

EL SUBURBIO

Al atardecer las nubes del oriente oscuras
Por entre callejuelas en sombras próximas a tu mano
Se contempla en los muros la mancha del sol húmedo
Agudo rayo frío penetrando hacia la inmediata pesadumbre

Si terrores y olvido caen sobre los cuerpos
Más aquí donde se acumulan
Nacimientos y muertes
Arañas cicatrices arrugas

(Surge desconocido el tiempo a tu mirada
¿Ardió alguna vez entonces el perfil
De un rostro soñoliento detrás de la ventana
Insistiendo leve llovizna en los cristales
Nupcial mujer salida después del arco iris
Un parpadeo cuando secreta sonreía
Habitaciones con el amor a solas?
¿Era siempre como ahora silencio
Mas de súbito a veces
Más silencioso labio
Tu implacable tristeza poesía?)

Acercándose en el aire tal lluvia brotan ecos
Que reviven al hombre la nostalgia
De la ciudad de la que son harapos
Sus desnudeces yertas en odio tos humillación

Muere la tarde en tanto lejos se encienden avenidas
Morosa miseria ronda huérfana tras grises tapias
Perros hurgan escombros hasta el fin del mundo.

Remota luego la noche se ahonda en hospitales
Pisadas se hunden por socavones donde
Otros hombres son otros fantasmas
Mientras tenaz de claridad desoladora
Sobrevive la luz entre estas ruinas.

EL LAGO

By the waters of Leman I sat down and wept.

T. S. Eliot

Érase entre la luz de la mañana
Alta y desierta nube de otro tiempo
Me mirabas llegar desconocido
Aire frío cristal pálido día

Llovía luego un agua verde entre el paisaje
Un agua azul y plata por el lago
Un agua ronca con sollozo a mares
Despedazándose rota en ventanales

Me veías llegar desconocido me veías
Amante que perdió su memoria el rostro amado
Me veías ráfaga de huracanadas
Olas de luz y viento y tempestades

Dejabas penetrado de relámpagos
Al extranjero corazón a oscuras

La ciudad que rodea de verdor el lago
Cuando a la hora última la tarde
Dejabas tu desolación en las esquinas
Cuerpo insinuándose al recuerdo
Dejaba tus sedosas violetas esparcidas
El mundo extraño apenas prodigando
Leves fulgores perlas por el aire

Frágil contra la sombra el muro el árbol

La viuda cabellera de las luces
De noche tiernas lunas
Sobre los pavimentos y las lluvias

Cuando eres tú y a tu lado impalpable
Una joven cintura entredormida
O femenino cráter insospechado ardiendo
Ebrio de tristes pasos cuando el eco
Por soledades vagas como espejos
Como calles por nadie nunca recorridas
Que hace más años tú ya presentías
Ser el desconocido

De súbito al encuentro

El rugido del viento en las orillas
Ecos de ahogados flotan sordamente en insomnio
La oscuridad el cielo inmóvil
Las aguas que noche y día son tu pensamiento
Lago tal corazón desbordado
Bajo la madrugada sollozando
A solas su imagen tan desierta
Un momento le creíste

Palpitación o llamarada

Como tú
De amor y luz y tiempo ausentes
Contemplar aún su claro pecho irisado
Mientras la vastedad del agua amaneciendo
Lago era entonces sin furor
Invisible al deseo

Cuello jazmín apenas

Solitario de silenciosa blancura
Muslos apenas grises de nácares helados

Alejándose entonces la presencia y el sueño
Borrando al alba en cansancio su latir obstinado
Llegar por fin a ti la vida en secreto
La vida ahora que asoma entre tus labios
Tus mudos labios volviendo a tu vida
Aquel desconocido
De siempre a tu encuentro
El cuerpo el pensamiento de ti mismo
Aquel
Amante que perdió su memoria el rostro amado
Huésped del laberinto y la nada.

EL SOLITARIO

Encantamiento sucesión de labios
Cadena
Cuerpo sin fin
Ola perpetua en mar sonando triste
Beso en rostro desierto
Casi piel casi mujer
Collares
Labios labios entreabiertos
sin embargo siempre hostil Siempre vestida de impalpable Atardecer
como la lejanía

El viento el sol la nada donde habitas
La ausencia o la ficción con que rodeas Haces
Deshaces
La huella de tu cabeza en mi almohada
Y en la navegación azul de una noche
Persiguiendo
Andando solo sobre tu sombra
Por la calle también hechizada
Al acecho ahora del taconeo inaudible
Se repiten en el recuerdo
Fascinaciones fugitivas paraísos
La luz de muchas tardes en tu frente
El curso de los astros en tus ojos
Labios pasos nostalgias
Ese río silencioso huyendo hacia nunca
Hacia el gesto final del desengaño

Quiero que entre mis brazos lenta oscura
Desnuda surja la verdad del mundo

Y no la eterna vibración de labios
De labios que jamás una palabra
Una palabra que no sea la palabra sueño
Sueño de ser el despierto contigo a solas
A solas en secreto el pensamiento solitario.

SERENATA

Olvidado del tiempo vuelvo a oírte
Caminando sonámbula en mi alma
Joya que fluye errante entre las noches
Lejos del día y su bullicio de oro

Entretejiendo del pasado en llamas
El que fue joven como tú a la vez
 calla
Mientras el despeñar de sus recuerdos
Fuera de sí le arrastra enajenado.

Nada queda del cielo y de la tierra
 Sino sola
Sonámbula de luto caminando
Vuelve en paso de sombra silenciosa
Vuelve en fiebre y delirio de entresueño.

LA VOZ AJENA

Caí en tu blanco cuerpo de repente
Tocar tocar la piel centelleante entre lo oscuro
El fuego junto a unos labios entreabiertos
Los brazos ávidos estrechar su desnudo
Las manos el roce de la cabellera negra enardecida
Esa estrella o relámpago quieto en sus miradas
La amante que lánguida pasa temblando
Todo era y tanto a solas un momento

 Pero todo se extingue
Cuando la voz ajena
Cuando la voz cuando el extraño
En el interior silencioso tras la puerta
Con un presentimiento de jazmines
un corredor donde la sombra y el sueño

 Todo era y tanto a solas cierto
Pero entonces la absurda conversación inesperada
Mientras únicamente callar querías
Y el fastidio el vacío de otro ser a tu lado

 Y la palabra
La palabra del intruso que deshizo
Vuelta ceniza la luz de aquel instante

PALABRA SUYA

El prisionero de ayer tampoco olvida ahora
Despavoridos jirones de invierno los meses
Ser gris y desgarradora llovizna un vuelo frío
Implacablemente
Cayendo hora tras hora
Sobre su
Destierro a solas

De cuanto final acuden escombros de los años
Va voraz largamente invadiendo una oscura marea
Ese humano rencor por entre cuerpos calles voces
Quedando aparte al menos
Secreta
La quimera
Alguna vez hechizada
Viva contra la vida que nunca fue su vida
Cuando morosa morosamente
Tal mano sobre cabellera dormida
Una extensión recorre
De imágenes deshechas en la arena
Y es como aquel a quien en púrpura enciende
Vuelta su palabra
Lluvia de sol o llamarada
No podrá recordar cómo al azar de pronto
Y atardeciendo
Al ya no ser el mismo
Y a sus pasos las calles sin nadie
Esa palabra suya
Más que sueño
Desde entonces le iba a ser quemadura

EL QUE AÚN ERES

La llovizna las calles la nocturna
Lámpara desvelada ante el errar
De alguien que cruza
En fría noche por desierta esquina
Eco huidizo de su sola sombra

La ciudad en que soñaste prisionero
Espacio piedra y muros
Serán los mismos de cuando
Acaso quedes en un nombre
Al pie de palabras que trazas
Entreoyendo retraído
Desde el fondo de tu entraña
Indolente lluvia en silencio

Del remoto sinfín noche tras noche
A tientas regresa tu vida
es tan sólo la huella dudosa
De unos pasos alejándose
Pasos y caballos que veloces corren
Locamente entre escombros

Y al volver los días por tu mente
Te conmueve la persuasión de una lectura
Que te dijo no ser sino lo que recuerdas
Vuelve tu mundo en una tarde joven
Asoman rostros y desaparecen
Mas porque todo vuelve como historia ajena
Te contradices y llegas
A pensar que es ilusorio tu pasado

La llovizna las calles la nocturna
Lámpara desvelada ante el error
De morosa imagen
Estremecida sombra que de súbito
Atraviesa también esta alcoba
Mientras el otro
 Que aún eres
De soledad y avidez
Sediento resucita en la memoria
Deslizándose secreto
Tal sueño de insaciables brazos
A la orilla de un cuerpo
Torrencial de fluyente blancura
Río de noches y muslos y relámpagos

LOBREGUECER

Si un instante incendiados tus hombros
Bajo la llamarada impalpable de una mano
Mano de llaga y de lluvia y de llanto

Si un instante tus hombros sientes cruzar
Por labios que apenas secretamente los rozan
Es medianoche ya

Y entre otros seres
Desasida ahora mismo de tu existir
En tanto imágenes
Contra el tiempo borrado te dejan
Aparte de la conversación
Sin oídos
Por los alrededores de nadie
Porque callas y caes
Sonámbula sobre tus pensamientos

Dorados entonces de cálido desnudo
Tornasoles
Bajo la verdinegra cabellera
Donde vuelve otra vez la noche más oscura

Mientras lunar delira la luz lloviznándolos
Incendiados tus hombros
Los toca sangrante una sombra
Los hiere invisible el recuerdo
La desgarradura de un grito en el sueño

PENSAMIENTOS DEL AMANTE

Ya que la intimidad la noche la criatura
El hombre que la sueña y al sol con sangre de la tarde
Cuando por corredores de azulada piedra
Los pasos que ahora esperas
En vasto espacio enardeciendo callan

(Es más hondo el amor que nadie nombra
Más amarga la desdicha de un espejo
Cuando de pronto lo empaña lento vaho
De una tristeza a lo lejos de alguien
Que ignorado cruza errante el vacío)

El arco de las cejas con un rayo
La multitud del oro los hombros en lo blanco
Un río subterráneo entre su pecho
Los muslos lentamente dueños de la tierra
La mirada que en un duelo trémula estallaba

Vencida por el tiempo la esperanza
Un caminar perpetuo entre la lluvia
En la ciudad de nubes y agonías
Contra todo y sin fin seguirte siempre
Oh roce frío de invisible llama

(¿Por qué retrocedías y callabas
Te pensabas temblando como un niño
Lamento entrecortado en tu garganta
Devorado en la red de una tiniebla
Entristecido por tu propio sueño?)

Luego por yertas calles la alborada
Trajo al azar indescifrable un rostro
Rubio fulgor y el frágil embeleso
De en otro paraíso hallarte vivo
Lejos del sol occidental ensangrentado

Mas te persiguen la sed y el pensamiento
La ausencia te la invade sólo un cuerpo
Ese convulso perfil del deseo volando
Hacia nubes donde son verdes los ojos
Donde implacables son verdes aún y sombríos

Confusos giran grises en sucesión los días
Pálidos de lloviznas e incertidumbres
Cuando junto al anochecer existes
Con penumbra de seres a tu alrededor
Su desdeñosa sordera impenetrable

Enrojece delira Bogotá como incendio
Que invade en luces gentes bullicios
Luego el aire nocturno abriendo lunas
Y escondido en lo oculto un afán
Oh tú que ignorada rodeas y estrechas y amas

(Sólo dentro de tu corazón pasan las cosas
Solamente oyes una ronca bocina por tu sangre
El tiempo acumulándose en cenizas
Vuelves a mirar reflejos en el atardecer
En la noche te adormecen otra vez mudos labios)

Cuerpo que no camina sino
Por constelaciones de incandescente destierro
Trae tus pies acostumbrados a la aurora

A pisar esta isla de nadie esta puerta
Donde el amor golpea con fantasmas

(No es el sueño sino somos nosotros
Como el destino es áspero y contrario
La desierta esperanza sin sustento
En duermevela fluyen días y pensamientos
Cadáveres de sol y lluvia en la memoria)

Tras sigilosos pasos voces ecos
Eterna eterna ven
Gesto callando sombra que sospecha el aire
Pero al desvanecerse de nuevo tus huellas
Como al final el cuerpo será noche
Otra vez insondable tu luz fuera del tiempo

RIVERA VUELVE A BOGOTÁ

Acaso al final vino a saber que su destino
No era el de aquel abogado vagante por la ciudad
a caballo o canoa cuando rural más silencioso
Sino el de hombre soleado que sólo al juntar palabras
Poblaba de sueño y de seres sus días
Sin confusión ni fárrago a su encuentro
Como a la sombra creciente de las noches
Que por allá llenaban
Musarañas árboles rabiosas aguas
Ruidos que nunca se precisa de dónde
el calor en espesas olas que no cesan

Mas entonces

El trozo de papel el lápiz
Los lentos taciturnos ocios mudos
Sin la duda de para qué ni para quién se escribe
Sino la obstinación de un torrente verbal inundando
Llegando con historias que eran de carne y hueso
Mientras podía ansioso seguir su corazón
La llamarada oculta tras un frío ademán

No intenta escapar de su recuerdo la casa familiar
Un vasto cielo azul crepúsculos llameando
La niñez en calles que después no querrá pisar jamás
Los años de estudiante con avidez solitaria
Más turbios por la pobreza el desgano la ausencia
Sólo deslumbrados hacia el atardecer
Por un vuelo de muchachas que cruzan al lado
Su andar adentrándose con ardor soñoliento
Pero apenas furtivamente a veces
La presurosa intimidad sin que lo llague

Rozando lenta
La quemadura de un cuerpo

Tiene también la debilidad de más de un joven
La desazón inasible de vislumbrar
Cercano un paraíso de populoso esplendor
Aunque se transaría por una migaja de poder
Porque ensimismado le atrae la codicia
De que su aptitud no es la sabiduría
Sino la acción
Y es de veras inepto para la humanística en boga
De sus amigos poetas con muchas lecturas
Pero según sus obsesivos cálculos
Él puede sin embargo lo que algunos de ellos
Satisfechos hicieron por su mutilación
Asegurándose también un sitio en la política
Que da renombre y subsistencia sin penurias
como varonil e ingenuo Después de infortunios primerizos
Guarda aún ilusiones de su provincia
Ignorando la lugareña soledumbre
Cree que allí sabrá imponerse a rivales
Alcanzar honores y auditorio que le escuche
Cuánto le enardece la deshonra
Que encuentra cada vez en toda parte
Y temerario se lanza a denunciar
Asegurando así la frustración de su esperanza
"Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido
La pérdida del reino que estaba para mí"
Los días tramposos gastándole van sueños y años
Si bien en recompensa
Le dejarán por fin libre de intrigas
Terca llovizna la mañana en que viaja
La desilusión corroe el rostro imperturbable

Pero seguro de sí mismo y sus creaciones
Tiempo después en tierra lejana
Apenas recordará la mueca
Con que engréidas bocas de la tertulia periodística
Hablaron de su folletín o relación de viajes
Condenándole en nombre de incuestionables principios
Como en todo caso son los suyos
E importa poco a él entonces
En riquezas también porfiadamente iluso
Lo que cuando menos sinfín llegue a decirse
En su elogio o desdén

Persistirá voraz el buitre de la melancolía
Un antiguo terror rondándole al acecho
Y será por diciembre el breve término
Cuando entrañables
Manos
Deban dar las monedas
Para que el joven cadáver que no dejan salir
Escape ya sin deudas del hospital neoyorkino
Hacia el barco que también sufragan
A falta del apoyo que no llega
De ese gobierno amigo de las letras
Tal es costumbre aquí decir
Y la tarde en que logran regresarlo
A la ciudad que amó
Bajo
La dulce montaña indescifrable
Un niño que no ha visto un muerto
lo ve en un salón entre voces y lámparas
Un niño que contempla turbado
Borrosas nubes
Eternamente solas por aquella frente

Es el extraño que ahora
Cuando han pasado tantos años
Trae efímeras al recuerdo estas cosas